

FBI

R

CURTIS
GARLAND

**Reína
DE DIAMANTES**



Reina de Diamantes

CURTIS GARLAND



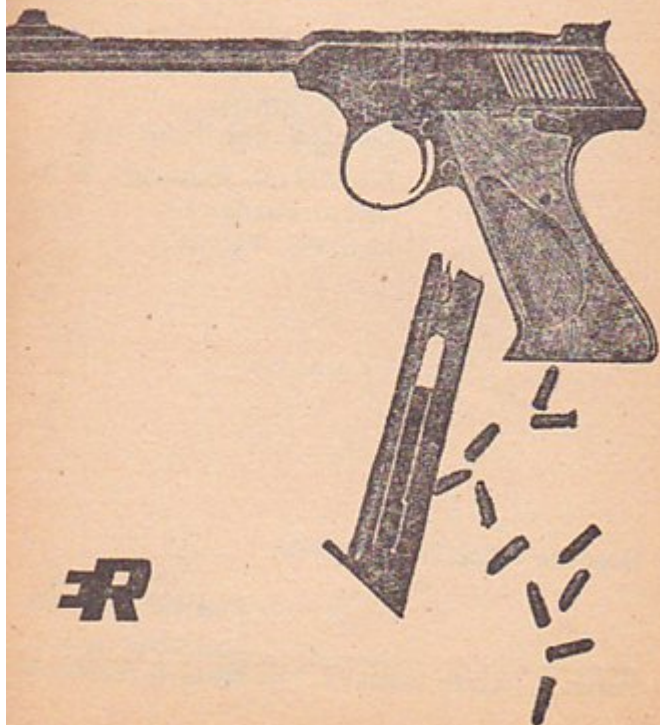
Colección FBI n.º 960

Primera edición
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

© Curtis Garland

Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.
Depósito Legal. M. 14.996-1969.
Printed in Spain.
RAFAEL F. CARASA Impresor.
José Bielsa, 6.
MADRID-19

FBI



PRIMERA PARTE

Capítulo



SEÑORES pasajeros del vuelo Madrid-Roma-EI Cairo, de la compañía TWA. Tengan la bondad de dirigirse a la pista de despegue, donde el avión se halla situado, para salir dentro de breves minutos...

La voz monocorde repitió su mensaje en inglés, francés y alemán, por los altavoces del aeropuerto internacional de Barajas, en la capital de España.

Los pasajeros se incorporaron perezosamente de la amplia sala de espera destinada a vuelos internacionales. Otros, abandonaron la barra o las mesas del bar, encaminándose decididos a los accesos a las pistas de despegue del aeropuerto.

Entre aquellos pasajeros se encontraba Karin Ritcher.

Y también Duncan Robson.

Karin Ritcher y Duncan Robson no se habían encontrado jamás en la vida. Ella procedía de Bonn, en la Alemania federal. Duncan llegaba de Lisboa, pero su procedencia exacta era aún más lejana: Washington, distrito de Columbia, Estados Unidos de América.

Karin Ritcher era actriz. Actriz cinematográfica y de televisión especialmente. Duncan Robson era agente especial del Gobierno de los Estados Unidos. Nada, pues, había en común entre ellos. Si acaso, solamente su edad: ni uno ni otro habían pasado la frontera de los treinta años. Especialmente ella.

Duncan tenía veintinueve años. Karin, veintitrés.

También tenían algo en común: ella era una mujer muy atractiva. El, un hombre muy arrogante y bien parecido. Dos ejemplares muy correctos de la humana especie, uno en cada sexo.

Ahí terminaba todo posible punto común o coincidencia entre ellos.

A Duncan Robson no le gustaba en absoluto la televisión, y muy escasamente el cine. A Karin Ritcher le desagradaban profundamente los sucesos, y también los policías.

Sin embargo, el destino unió a esas dos personas en un viaje Madrid-Roma-EI Cairo, un día cualquiera, en el aeropuerto de Barajas, y posteriormente en el reactor de la TWA que les condujo a través del Mediterráneo hasta la capital italiana y la egipcia, en un vuelo sin incidencias de ninguna clase.

Eso no era más que el principio de todo. Pero ni la joven actriz procedente de Bonn ni el joven agente procedente de Washington podían imaginarlo siquiera en el momento de cruzar, con los demás viajeros, las puertas de acceso a las pistas de despegue, ni cuándo subieron al avión, mezclados entre todos los pasajeros del vuelo anunciado.

La coincidencia verdadera se inició cuando ocuparon sus asientos, que eran vecinos. Duncan llevaba la ventanilla, y Karin el asiento exterior, del corredor del avión.

Galantemente, Duncan cambió su asiento con ella.

—Posiblemente prefiera usted la ventanilla, señorita —dijo, cortés.

—Sí, gracias —sonrió ella, gratamente sorprendida—. ¿De veras no le importa a usted renunciar a ella?

—En absoluto. Viajo exactamente igual en un asiento que en otro. Pero, aunque no fuera así, esté segura de que haría exactamente lo mismo.

—Es usted muy galante, señor —suspiró ella, con cierta simpatía, acomodándose en el asiento recién cedido por el norteamericano.

El vuelo se inició poco después. Madrid quedó atrás, perdiéndose en la distancia, y el reactor voló sobre las tierras españolas, hacia el litoral levantino y el Mediterráneo, en la ruta de Roma, primera escala del vuelo a Egipto.

Era el principio de una increíble aventura para dos personas que no se conocían absolutamente de nada y a quienes el destino situó en un mismo vuelo y unos asientos vecinos.

Era solamente eso. Pero era suficiente para que Karin Ritcher y Duncan Robson se vieran enfrentados a su insólita peripecia a través de todo un continente, movidos por los invisibles hilos del azar y de la fatalidad.

Arthur Levin cambió una larga mirada con su visitante. Luego lanzó un suspiro, afirmando con la cabeza.

—Sí, Duncan —afirmó con énfasis—. Ha ocurrido aquí, en El Cairo. Muy recientemente.

—¿Cuándo?

—Hace dos semanas solamente. Una compañía cinematográfica se hallaba rodando su film en Gizeh y todos esos lugares tópicos que han de salir en una película, siempre que ésta tenga su acción en Egipto. Resulta tan inevitable eso como la Torre Eiffel en París, el Parlamento en Londres o la Estatua de la Libertad en Nueva York.

—Entiendo. Pero ¿cómo sucedió?

—Nadie lo sabe a ciencia cierta. La protagonista de ese film debía presentarse ante las cámaras con una joya de fabuloso valor. Una joya costosísima, que los joyeros propietarios cedían a la productora para su filmación, a cambio de figurar en los títulos de principio. Eso también se hace muchas veces. ¿Viste «Desayuno en Tiffany's»?

—Por todos los diablos, no vi nada de eso. No me gusta apenas el cine, Levin. Pero acepto que se presenten en las películas joyas auténticas. ¿Qué más?

—Bien, eso no ocurre siempre. Muchas veces se recurre a copias, a imitaciones muy bien hechas, que «den» bien ante las cámaras de filmación. La luz de los estudios o de los focos de exteriores, pueden disimular perfectamente la falsedad de la pieza. Pero en contadas ocasiones se recurre a la joya original, para dar mayor veracidad a la cinta. La gente, al leer en los títulos de principio que las joyas exhibidas son de Fulano o de Zutano, se meten más en el asunto, muchísimo más que si les ofrecen pedruscos y cristales baratos.

—Agotas mi paciencia, Levin —se irritó Duncan Robson—. No me preocupan los procedimientos de esa gente, sino la forma en que ocurrió el hecho.

—A eso voy ahora. Los joyeros propietarios, naturalmente, se apresuraron a asegurar la pieza en una buena suma, aunque por regla general están ya aseguradas. Pero no es lo mismo guardarla en la caja fuerte de una joyería, que exhibirla por ahí, entre artistas, técnicos, extras y curiosos. Por mucho que se extremen las precauciones y por muchos agentes que se contraten para vigilar la joya, todo resulta inútil, si no hay un buen seguro respaldando la joya.

—De modo que la compañía de seguros, una vez más, fue la que pagó el pato.

—Como inevitablemente sucede en estos casos. Setecientos cincuenta mil dólares perdidos para los aseguradores. Y la joya que voló.

—¿En qué forma sucedió?

—Nadie lo sabe a ciencia cierta. Como suceden siempre estas cosas. Se filmó una importante escena de la película, la actriz fue a su camerino a descansar, en espera del rodaje de la siguiente, y los agentes de servicio se quedaron por alrededor de los vagones-camerino que utilizan los intérpretes durante la filmación de exteriores.

—¿Y después?

—Después, el director convocó nuevamente a los intérpretes y técnicos, para continuar con la misma secuencia, justamente bajo la histórica y mellada faz de la esfinge. Pues bien, entonces se dieron cuenta de que la actriz no acudía. La llamaron nuevamente y siguió sin atender. Entonces, el regidor de rodaje fue a buscarla, insistiendo en sus llamadas. No contestaba nadie, pese a que los policías afirmaban que ella no había salido de allí para nada. Entonces, preocupados por lo que pudiera sucederle a la joven miss Ritcher...

—¿Quién?

—Miss Ritcher. Karin Ritcher. Es la protagonista, la «estrella» del film.

—Oh, entiendo... —arrugó Robson el ceño—. No sé por qué, me sonaba ese nombre... Creo que lo he oído antes en alguna parte.

—Seguro que sí. Es muy bonita. Y muy famosa... Bien, como te iba contando, alarmados todos por su silencio, insistieron en sus esfuerzos, sin que ella respondiera tampoco. Entonces, apelaron a fracturar la puerta del camerino dónde la señorita Ritcher descansaba... con su collar sobre el hermoso cuello. Pero eso debió ser antes, porque ahora, cuando asomaron todos, ella seguía durmiendo. Sin collar alguno, por supuesto.

—Sigue. Eso es interesante.

—Oh, mucho. Sobre todo, para la compañía de seguros. Lo cierto es que el collar había desaparecido, con su valor de casi un millón de dólares. Y el camerino olía fuertemente a un narcótico intenso. Tuvieron que abrirlo todo para purificar la atmósfera. Despertaron a la actriz, esperando que ella hubiese guardado en alguna parte el collar, antes de dormirse. Pero los temores resultaron fundados. Ella no había guardado nada, ni sabía nada. Sencillamente se había retirado a descansar, había sentido un sueño repentino y se quedó dormida, sin

tiempo siquiera para desprender la joya y guardarla en su propio joyero. Lo curioso es que éste, con algunas joyas de la actriz, no había sido tocado.

—¿Había más aberturas en el vagón-camerino?

—Por supuesto. Otra puertecilla posterior y dos ventanas.

—¿Todo cerrado?

—Todo cerrado.

—¿Por dentro?

—Es indiferente. Puede cerrarse por dentro o por fuera, porque cierran de golpe.

—De modo que quien robó el collar pudo salir de allí tan fácilmente como había entrado, sin ser advertido por nadie, pese a la vigilancia.

—Pudo haberlo hecho, entre ese vagón-camerino y el de la productora de la película, asociada con otro productor egipcio, la señora Susan Winters.

—¿Susan Winters? ¿Quién es ella?

—Una multimillonaria. No veo fácil que se dedique a robar joyas, a no ser porque fuese cleptómana o maníaca de las mismas, porque tiene una colección valiosísima de su propiedad. Susan Winters es viuda de un propietario de pozos petrolíferos de Tulsa, y está invirtiendo el dinero que le dejó su marido en dos ocupaciones distintas: producir películas y patrocinar el lanzamiento de bellezas.

—¿El... qué? —se sorprendió Robson.

—Bellezas. Crea certámenes, concursos internacionales y todo eso. Ella financia y, si hay beneficios publicitarios, se los lleva para sí. Si no, pierde de su bolsillo todo el dinero. Esa es Susan Winters, la coproductora de «Ensueño de Egipto».

—«Ensueño de Egipto»... —Robson torció el gesto—. ¿Así se llama esa película?

—Horrible, ¿verdad? —suspiró Levin—. Así son la gente de cine, Duncan.

—Nos quedamos en el momento en que opinabas que el ladrón pudo entrar y salir del camerino, sin ser visto, por el lado del vagón vecino, el de la señora Winters...

—En efecto, pudo ser así. Si fue rápido y sigiloso, acaso burló a los agentes, saliendo por ese lado y mezclándose con el sinfín de gente que pulula por las zonas de exteriores donde se rueda una película con abundancia de figurantes y actores.

—Y dices que la Winters no sería, de no tratarse de... de una manía.

—Pues sí, es difícil imaginarla como ladrona, con su fortuna, sus joyas...

—La teoría de la cleptomanía o del afán coleccionista llevado a la obsesión, no es nada mala. La tendremos en cuenta, por si acaso. ¿Algún otro sospechoso por allí?

—Muchos —suspiró Levin, sacudiendo la cabeza—. Sobre todo, mujeres.

—¿Mujeres?

—Eso es. Ya te hablé del afán de patrocinar concursos de belleza, por parte de la señora Winters. Pues bien, uno de sus certámenes surge precisamente de esta película, y en la película aparecen todas sus bellas, como un racimo de preciosidades que darán publicidad a la película, exhibiendo sus encantos físicos con generosidad.

—Lo que faltaba... —sacudió Robson la cabeza—. Artistas de cine, bellezas... Un conflicto. ¿Y todos ellos se van a Johannesburgo acaso?

—Dios no lo quiera—se escandalizó Levin—. Sería demasiado, Duncan. No, no se van a Johannesburgo más que las bellezas, su patrocinadora, la señora Winters... y la estrella de la película, Karin Ritcher.

—Ya son suficientes para vigilar... si realmente está entre ellas la posible persona que robó la joya en Gizeh. Tú sabes que es un robo importante, pero no nos afecta a nosotros más que indirectamente. No es misión del F.B.I, velar por las joyas que andan por el mundo, sino por aquellas que pertenecen al Tesoro de los Estados Unidos.

—Y ese es el caso de la «Luna Azul» —señaló apaciblemente Levin.

—Exactamente. La «Luna Azul» no nos puede ser indiferente, ni mucho menos. La misión nuestra es evitar que caiga en manos de nadie que no sea el propio Gobierno de los Estados Unidos, su actual y legítimo propietario.

—¿Lo han adquirido ya? —preguntó Levin, tras una vacilación.

—Pagaron la cantidad pedida por la «World Diamond» de Sudáfrica. Ahora, solamente falta recibir la piedra en Washington. Y esa es mi tarea...

—No va a ser fácil, Duncan. Nunca es fácil escoltar un diamante en bruto de quinientos ochenta quilates.

—Quinientos ochenta... —silbó entre dientes Duncan—. ¿Es eso lo que debo escoltar a los Estados Unidos?

—Sí, Duncan. El Gobierno de Sudáfrica no se hace responsable de esa piedra fuera de su territorio. Se lo entregará al enviado de los

Estados Unidos... y ahí terminará todo. A partir del momento en que ese enviado cruce la frontera de Sudáfrica, todo será ya responsabilidad plena de Washington.

—Y ese emisario... soy yo —suspiró Duncan, pensativo—. Hermosa misión, ¿no?

—No te la envidio, ciertamente. Vas a tener muchos problemas para cruzar Africa, parte de Europa, y volver a tu país, con esa piedra en tu poder. ¿Sabes lo que es llevar contigo quinientos ochenta quilates de diamante puro, destinado a convertirse en una serie de piedras excepcionales, dignas de un emperador?

—Un emperador... —respiró hondo el federal—. Una emperatriz, Levin. Una emperatriz es quien va a llevar esa gema, cuando esté dividida en siete piedras maravillosas, de casi setenta quilates cada una.

—Nunca oí hablar de emperatrices en nuestro país, Duncan. ¿Qué ocurre ahora?

—Oh, no sé nada oficialmente —Robson le guiñó un ojo—. Pero sí oficiosamente. Washington va a tratar sobre un nuevo convenio petrolífero con cierto país de Oriente Medio. Un país que reportará al nuestro casi diez millones de dólares diarios de beneficios, una vez se exploten en exclusiva sus pozos de petróleo. Vale la pena hacerle a su emperatriz, que visitará Washington con su esposo, el emperador, una bagatela de regalo, unos diamantes de nada, cuyo valor no llegará a cuatro millones de dólares.

—Cuatro millones... —Arthur Levin se enjugó el sudor, nervioso—. Cielos, y lo dices como si tal cosa...

—Tengo que habituarme a cifras mareantes —rió Robson—. Lo que me pregunto es para qué tuve que venir a verte a El Cairo. No vas a ayudarme mucho en mi trabajo. Me metiste el miedo en el cuerpo... y eso fue todo. Estoy asustado, pensando en lo que puede suceder si la gema desaparece, de Johannesburgo a Washington.

—Recuerda esto, Duncan: los sudafricanos tienen un seguro especial, pero sólo mientras la piedra está dentro de territorio de Sudáfrica. Lo paga, en caso de robo, pérdida o destrucción, la «International Diamond Agency», de Londres.

—Eso se complementa con nuestro propio seguro, de la «American Diamond Corporation», que es la mediadora entre nuestros Gobiernos. Los seguros responden del valor intrínseco de la gema a todo riesgo, sí. Pero ¿qué haremos con nuestra visitante ilustre, la emperatriz, si ella se ve sin su obsequio?

—Siempre es preferible que sea la piedra la que llegue a vuestros tallistas de Washington —señaló Levin, afirmando lentamente con la cabeza—. De otro modo... Bueno, no creo que eso fuera un éxito para el F.B.I, ni para nuestro Gobierno.

—Ese es el problema. Urge tener la gema en Washington, para hacer el corte y talla de los diversos diamantes. Otro resultado es un fracaso. Me he comprometido a entregarlo allí, sin problema alguno. Un funcionario del Gobierno y otro del Tesoro esperarán la entrega.

—Y, antes, preferiste visitar El Cairo... —sonrió Levin.

—En cuanto me enteré de tu informe sobre el collar de los joyeros de Londres, que aseguraba la «British Diamond Society».

—Viejo zorro... —sacudió una mano, con dedo acusador, Arthur Levin—. Sospechaste algo raro.

—Yo siempre sospecho algo raro de todo, aunque luego resulte que no hay nada de qué sospechar —se encogió de hombros Robson—. Recuerdo mis tiempos con los de la represión de Contrabando. Y con los de Narcóticos, no hace mucho tiempo. Allí dicen que aprendas a dudar de todos y de todo. Y de quienes no dudas... estate seguro de que ocultan algo. ¿No es enternecedora esa fe en los demás?

—Me hace llorar —confesó Levin, caminando hacia la ventana que asomaba al Nilo y a los modernos edificios del Cairo cosmopolita y europeizado—. Pero el collar de la actriz de cine, sigue sin aparecer. Eso es lo peor. Y ese asunto me correspondía a mí.

—¿Pensaste en que ella misma hubiera podido ser quien se narcotizase, tras robar el collar?

—Por supuesto. Es lo primero que pensé. Esa joven actriz, sin embargo, está fuera de sospechas. Tiene excelente reputación, es de buena familia y, no... no encontramos rastro de ese collar en parte alguna del vagón-camerino donde se hallaba ella encerrada.

—Pudo sacarlo fuera, antes de narcotizarse. O tener un cómplice...

—Claro que pudo —convino Levin—. Pero eso forma parte del panorama general de sospechas. A fin de cuentas, averiguaremos dónde está la causa de esa desaparición. Ella puede ser sospechosa, pero no creo que robara el collar. Es... demasiado evidente, ¿no te parece?

—A veces, una evidencia excesiva produce efectos contrarios. Y ella, si es astuta, podría saberlo.

—No descartamos esa posibilidad, Duncan. Pero no creo que haya nada en tal aspecto, créeme.

—Te creo, sí. Pero yo no conozco aún a esas personas.

—Las conocerás. Vas a encontrarte con ellas en Johannesburgo.

—Es lo que me inquieta. Me dijiste en tu mensaje que ciertas personas relacionadas con la desaparición del collar aquí iban a viajar a Sudáfrica, poco más o menos cuando yo iba hacia allá. Eso podía significar algo, ¿no?

—Podría significar... la pérdida del «Luna Azul» —convino roncamente Levin—. Por eso me apresuré a avisarte. Creo que no hice mal.

—No, en absoluto. Te agradezco el informe. Trabajamos para personas diferentes, porque tú te limitas a ser un agente del Departamento de Contrabando y Defraudación en El Cairo, enviado por nuestro Gobierno. Yo soy un federal que va en busca de un encargo valioso, como único responsable del mismo.

—¿Único?

—Bueno, tengo mis aliados en Sudáfrica y en otros lugares, pero no pasan de ser solamente eso: aliados. Lo más importante depende de mí. Solamente de mí, Levin. Y tus noticias me preocupan.

—Alguien me dijo que Duncan Robson tiene especialidad en tratar a las mujeres hermosas —señaló Levin.

—¿Qué tiene eso que ver ahora? —se irritó Robson—. Dicen que soy mujeriego, pero eso no tiene sentido y...

—Aquí hay muchas mujeres por medio, Robson. Y... la «Reina de Diamantes».

El gesto de Duncan reflejó perplejidad. Enarcó sus cejas, mirando con sorpresa a su amigo de El Cairo.

—¿«Reina de Diamantes» has dicho? —se interesó vivamente.

—Eso dije, sí —afirmó serenamente Levin—. La más famosa ladrona de joyas del mundo. La auténtica reina del delito. Joyas de todas clases: esmeraldas, rubíes, oro, platino... Pero, especialmente, diamantes. Por eso su nombre: «Reina de Diamantes».

—¿Puede ser ella?

—No sé —abrió una gaveta de su mueble y extrajo algo, un telegrama que tiró sobre la mesa—. Lee eso, ¿quieres?

Duncan Robson lo tomó. Lo leyó rápidamente.

«Informes recibidos Europa confirman presencia ladrona internacional «Reina de Diamantes» en Africa. Posiblemente Egipto. Destino posterior, ignorado. Es una confidencia obtenida en el hampa. Saludos: inspector Morland, Interpol.»

Capítulo

II

REINA de Diamantes»... No. No sabemos nada. Apenas nada, Robson.

Duncan Robson observó el «dossier» policial, casi vacío. Extrajeron algunos documentos, unos cuantos legajos que tiraron ante él, con escaso interés. Los examinó. Denuncias de robos. Siempre una mujer en medio. Una mujer en malla de goma, con caperuza dotada de orejas de gato y antifaz sobre el rostro, justamente hasta el borde superior del labio

No había fotografías, sin embargo. Sólo un dibujo-robot. Un dibujo que no decía nada. Podía ser cualquier mujer. El cabello rayado, marcaba un tono indefinido, que lo mismo podía ser castaño que moreno o pelirrojo.

—¿Es todo lo que tienen? —preguntó decepcionado Duncan.

—Todo... con esto—los dedos del empleado de la Policía de El Cairo hurgó en el «dossier», hasta extraer del metálico fondo de la gaveta tres piezas de cartulina brillante, que tiró sobre la mesa, junto a los documentos.

Duncan Robson los contempló, pensativo. Eran tres naipes iguales.

Tres reinas de diamantes.

Los naipes eran nuevos, lustrosos. Las reinas de diamantes, con su doble faz y su doble imagen, nada le dijeron en concreto. Las arrojó sobre la mesa. Por si había alguna duda en él, se la quitó la voz indiferente del policía egipcio:

—No había huellas. Ni una, señor. Los naipes tenían lustrosos, impecables. Debieron extraerlos de algún mazo de cartas, con ayuda de guantes. Y de ese modo los colocaron donde fueron robadas las gemas...

Asintió Robson. Debió suponer que así eran las cosas. No podían

esperar milagros.

—¿Siempre deja esa tarjeta de visita? —preguntó.

—Siempre. Si es ella, la deja indefectiblemente. Si no lo es... —sonrió el policía—. Bueno, tal vez también. Nada más fácil que robar una joya y dejar esa carta, si se quiere que culpen de ello a la «Reina de Diamantes».

—Es lo malo de dejar firmas —masculló Duncan—. Cometerá cien robos, y le achacarán mil. Pero ella se lo busca...

Pareció vacilar sobre cierto punto. Enarcó las cejas y contempló con mayor interés al agente de Policía egipcio

—Acabo de decir «ella», ¿me oyó? —fue su pregunta.

—Por supuesto, señor —sonrió el agente—. Le oí muy bien.

—Tal vez estoy dejándome llevar por una sugestión intencionada, Podría no ser «ella», sino «él».

—¿«ti»? ¿Quiere decir... un hombre?

—Quiero decir un hombre, sí.

—Es difícil.

—¿Por qué? —dudó Robson.

—Bien, creo que esto le responderá mejor que yo mismo—rió el policía nativo, tomando los documentos y eligiendo uno al azar—. Escuche esta descripción, por favor: «...Y entonces vi salir a alguien por la ventana de la turista americana, la hermosa señora Freemont. Era una mujer. Una mujer vestida con malla de goma oscura, muy ceñida a su cuerpo. Tenía unas formas... ¡Cielos, qué formas!... Caderas muy acentuadas, unos senos llamativos, arrogantes, unas piernas largas y bien formadas, unas nalgas encantadoras... Me hubiera gustado verla sin malla. Y sin máscara. Debía ser hermosa, además.»

El policía egipcio dejó el documento. Sonrió ampliamente, sin añadir nada.

Duncan Robson se echó a reír de buena gana. Sacudió la cabeza.

—Sí, creo que lo entiendo ahora. Nadie describiría así a un hombre, ni siquiera disfrazado —comentó—. Es cierto que a veces un hombre se puede disfrazar de mujer, y que existen mallas rellenas para engañar. Pero hasta ese punto...

El policía nativo sonrió, asintiendo, como dando toda la razón a su propia conclusión.

Robson caminó hacia la salida de la oficina, sin querer saber más. Era todo lo que había ido a buscar, y ya lo tenía. Cualquier descripción sobre una mujer vestida con malla de goma, caperuza y antifaz, era

ineficaz para identificarla posteriormente. Ni cabellos, ni color de ojos, ni facciones, ni voz ni nada. Apenas una sombra azul oscuro, moviéndose en la noche y robando fortunas en joyas.

Y una tarjeta de visita en todo lugar expoliado: una carta con una reina de diamantes.

La firma de una gran ladrona internacional. Una ladrona a quien nadie había capturado, ni siquiera identificado aún. Una ladrona que ahora podía estar en África. En el propio Egipto, donde él estaba. Y él se dirigía a Sudáfrica ahora. En busca de un diamante fabuloso y enorme.

A Sudáfrica iban a viajar también una serie de hermosas damas. Una millonaria viuda, sus protegidas bellezas internacionales... y una actriz cinematográfica a quien ya le habían robado un collar sin dejar firma alguna, que él supiera.

A Duncan Robson, de momento, no le gustaba nada todo aquello. Absolutamente nada...

* * *

Fue un largo vuelo.

Empezó en El Cairo, para llegar primero a Karthoum. De allí a Nairobi, de Nairobi a Salisbury y posteriormente Johannesburgo.

Un largo viaje a través de casi toda África, de Norte a Sur.

En Salisbury, Rhodesia, subió a bordo Homer Lindfield.

Había recibido Duncan Robson instrucciones concretas al respecto, directamente desde Washington:

«En su camino a Sudáfrica, recibirá usted la compañía de Homer Lindfield, agente británico de la «British Diamond Society». Esta empresa asegura, en partes iguales, un cincuenta por ciento sobre el seguro del diamante «Luna Azul», bien en territorio sudafricano, bien fuera de él, hasta Washington. Su entidad tiene derecho a mantener a un hombre cerca de ese diamante, y usted deberá aceptar su compañía, hasta que el diamante rinda viaje en Washington.»

Y allí estaba Homer Lindfield.

Se acomodó en el asiento inmediato al suyo, cuando un viajero que iba en él bajó del aparato en Salisbury. Vestía bien, un traje color claro, camisa muy blanca y corbata gris perla.

Le sonrió ampliamente al acomodarse, y le mostró con indiferencia el interior de su sombrero panamá.

—Buenas tardes, señor Robson—saludó el viajero—. ¿Lleva buen

vuelo hasta ahora?

—Sí, excelente... —Robson miró pensativo al fondo del sombrero, donde descubrió la tarjeta con el distintivo de la «British Diamond Society»—. ¿Usted... es Lindfield?

—Homer Lindfield, para servirle.

—Es... es un placer—murmuró Robson, perplejo.

—¿Sorprendido? —rió Lindfield.

—Un poco.

—¿Por qué? —preguntó irónicamente el recién llegado—. ¿Porque... soy negro?

—Sí—musitó Robson—. Esa es una buena razón para estar sorprendido...

* * *

—Creí que no sería usted racista, señor Robson...

—No diga tonterías, por favor—rechazó Duncan, irritado—. Sabe que no lo soy. Nadie en el F.B.I. lo somos. Los derechos humanos son iguales para todos

—¿Entonces...?

—Lindfield, usted tiene que entenderme. Vamos... a Sudáfrica.

—Claro que lo entiendo—sonrió él apaciblemente—. Pero soy ciudadano británico. No pueden negarme la entrada en el país. Ni pueden tratarme mal...

—El «apartheid» es igual para todos, según su raza, no su nacionalidad.

—Lo sé, señor Robson. El «apartheid» es un crimen.

—Claro que lo es. Pero eso no podrá discutirlo con la autoridad de Sudáfrica, por muy inglés que sea su pasaporte, Lindfield—le miró, exasperado. Era un joven de color, de ojos vivos e inteligentes, de rostro brillante y jovial—. Oh, ¿por qué se le ocurrió a alguien enviarlo conmigo a la República de Africa del Sur?

—Alguien tenía que ir, señor Robson. Y tenía que ser un experto en diamantes.

—¿Usted... usted es un experto en diamantes?

—Trabajé durante años en minas de carbono —señaló amargamente Lindfield—. Tengo gran experiencia en ello, señor Robson. Por eso ocupo el cargo que ocupo en la actualidad.

—Ya le comprendo. Yo no soy quien encuentra problemas a su

elección. Pienso, simplemente, en la mentalidad sudafricana. Habrá alguna dificultad en Johannesburgo, estoy seguro.

—Yo también —sonrió Homer Lindfield—. De cualquier modo, señor Robson, estoy habituado a las dificultades. La vida me enseñó a enfrentarme a ellas y combatirlas con cierta eficacia. Esta vez no tiene por qué ser diferente...

—Es posible que no —convino Robson—. Yo, al menos, así lo pido. Por mi parte, amigo Lindfield... esta es mi respuesta a su presentación.

Le tendía leal, abiertamente, su mano ancha y nervuda. La oscura mano del inglés de color se estrechó contra la suya. La sonrisa de Homer se amplió.

—Sabía que usted sería de esa manera —dijo—. No podía ser de otra...

—¿Sabe también lo que vamos a encontrar en nuestro viaje africano?

—Tengo una cierta idea aproximada. Un enorme diamante... y los peligros que trae consigo. He oído hablar de delincuentes que, misteriosamente, han comenzado a trasladarse a África de repente.

—¿Como... «La Reina de Diamantes»?

—No, no me refería a ella ahora —negó Lindfield—. Hablaba de «Lord Dickson».

—¿«Lord Dickson»?

—Un ladrón inglés muy astuto. Viaja siempre por los países de la Commonwealth, buscando presas adecuadas. Se llama Randolph Dickson, y parece un aristócrata. De ahí su apodo. No hubo jamás pruebas contra él, pero es un ladrón muy astuto y capacitado. Le tememos realmente, señor Robson.

—Los ladrones de joyas proliferan como hongos tras la lluvia... —comentó con ironía Robson.

—Ocurre siempre igual en estos casos—suspiró Lindfield—. Recuerdo cuando el famoso «Orloff», o cuando se hablaba de trasladar el «Koh-I-noor». Y el «Jonker», o el «Vargas», y tantas y tantas piezas cumbre de la producción de diamantes del mundo... Algo fabuloso, señor Robson. Piezas maravillosas, que eran como imanes que atrajesen a los ladrones de joyas igual que si éstos fueran captados por ese raro magnetismo de las grandes gemas universales. Para eso, los grandes ladrones internacionales tienen auténtico olfato, créame.

—Dos ladrones internacionales en juego: «Lord Dickson» y... «Reina de Diamantes». Difícil papeleta conducir a buen puerto el «Luna Azul»,

¿no cree?

—Muy difícil, sí. Usted viene ahora de El Cairo, precisamente. ¿Se ocupó del asunto del collar «Hechizo de Estrellas»?

—Sí, si es que es ése el nombre cursi y ramplón que le pusieron al collar británico de la actriz Karin Ritcher.

—Lo es —se echó a reír Lindfield—. La imaginación de los joyeros es limitada en ese aspecto. Ellos no tienen la culpa. Pues hablando del «Hechizo de Estrellas», señor Robson, debo decirle que pudieron robarlo muy bien cualquiera de esos dos ladrones. Pero resulta extraño que lo hicieran, habiendo por medio una gema excepcional como el «Luna Azul». Si uno de ellos piensa en serio arrebatarla, bien a la empresa diamantífera sudafricana, bien al Gobierno de los Estados Unidos, sería una torpeza incalificable cometer previamente ese otro robo en Egipto.

—Es lo mismo que yo pensé. «Reina de Diamantes» no fue la ladrona. O hubiera dejado su tarjeta de visita.

—Tal vez piensa que, en este caso, le beneficia el anonimato, la duda... O, tal vez, como usted dice, no fue ella la ladrona.

—¿Y lo fue «Lord Dickson»?

—No lo creo tampoco. Es demasiado listo para hacer algo así, en vísperas de un golpe sensacional y mil veces mejor.

—Diablo, Lindfield, habla usted como si realmente el robo del «Luna Azul» fuese ya algo consumado —se sorprendió Robson, inquieto.

—Así lo pensará el propio ladrón a estas horas —rió el muchacho de color—. Pero hemos de partir de la base de que, por lo menos, el golpe será intentado. Y eso es lo que cuenta.

—Eso es lo que cuenta, sí... ¿Ha pensado en la posibilidad de que haya un tercer ladrón en juego... qué fue el que robó en El Cairo?

—Lo he pensado, sí. Y admito que exista esa posibilidad. Pero habría que probarla. Ya tenemos bastante con pensar en dos ladrones. ¿Por qué pensar en tres?

—Sí, ¿por qué pensar en tres? —se frotó Robson el mentón, con aire preocupado—. Diablo, son demasiados ladrones, Lindfield. Y lo cierto es que no tenemos evidencia sobre ninguno de ellos. ¿Es conocido físicamente Randolph Dickson?

—No, no es conocido.

—¿Cómo puede ser eso?

—Es el mago del disfraz, de la caracterización, de las personalidades diversas. Cualquiera puede ser Dickson. Usted mismo podría serlo, señor Robson.

—¿Yo? —se asombró el federal.

—O yo mismo —rió burlonamente el joven de color—. Eso es lo malo. Cualquiera puede serlo. Su rostro, su apariencia, siempre es diferente. Su nombre también varía, aunque el suyo verdadero sea el de Randolph Dickson. Haría falta tomar las huellas dactilares de cada persona, para saber quién es quién. Y eso es imposible, sobre todo cuando puede mezclarse con la gente de más alta condición social, sin ser descubierto. Ese es uno de los problemas. ¿Dónde está él, y quién es realmente? Ahí está una de las incógnitas de este caso.

—Que, unida a la de «Reina de Diamantes», forma una auténtica pareja.

—Y no de ases, precisamente, aunque lo sean en su especialidad.

—Me pregunto si habrá un trío.

—O un póker.

—¿Póker? —se estremeció Robson—. Cielos, no diga atrocidades. Sería ya demasiado.

—Todo es poco, cuando uno va a sacar de Sudáfrica un diamante que vale tres millones y medio de dólares.

—Tres millones y medio... No cite la cifra, Lindfield. Me produce escalofríos.

—Eso es lo que vamos a sacar de allí usted y yo, ¿no es cierto? Tenemos que afrontar la realidad en su justa dimensión... Es preferible que lo hagamos así, a fin de cuentas. Tal vez de ese modo todo nos sorprenda menos, cuando tenga que suceder... si es que sucede.

—Voy armado, Lindfield. Y tengo la orden de disparar sobre cualquiera que considere sospechoso o signifique un posible peligro para mi valiosa mercancía.

—Lo sé, señor Robson. Pero debe darse cuenta de una cosa. Los ladrones de joyas valiosas, los que se mueven en las altas esferas, rara vez dan ocasión para que un policía dispare su arma. Son demasiado inteligentes y refinados para eso...

—Aun así, estaré en guardia, Lindfield. En todo momento, desde que me sea entregada esa gema tan valiosa...

—Lo cual ocurrirá en Johannesburgo, dentro de dos días exactamente.

—Así es, Lindfield.

—Y de manos de Sam Greeley.

—Sí —Robson clavó sus ojos agudos en el joven de piel oscura. Sonrió, algo forzado—. Si usted fuese «Lord Dickson», estaría muy bien

informado, amigo mío.

—Lo estará él también, no lo dude. Y también su «Reina de Diamantes». He oído hablar de ella, y sé lo que vale como ladrona de joyas valiosas. Sería divertido que ella y «Lord Dickson» pelearan por esa piedra.

—No tendría nada de divertido —gruñó Duncan Robson acremente—. Si acaso, sólo tendría cierta gracia si, mientras ellos se mataban, yo lograba seguir adelante con el «Luna Azul».

—Es una posibilidad como otra cualquiera —comentó Lindfield—. Mi esperanza también se fundamenta en eso. Espero serle útil de alguna forma, mientras regresa usted a Washington, y yo a su lado, protegiendo esa piedra que vale tanto para usted como para mí, ya que si alcanza sana y salva las arcas del Tesoro de los Estados Unidos, yo obtendré una gratificación importante. Pero si mi compañía tuviese que pagar la mitad de ese seguro... Bien, entonces creo que no sólo no iba a ver un centavo, sino que, además, correría el riesgo de ser despedido.

—Es un riesgo que corremos en común, Lindfield —le confió pensativamente Robson—. He tenido un reciente fracaso en el F.B.I, por culpa de las influencias de un senador y unos politicastos. A ellos no les gustaba cierta labor que yo hacía, para poner en claro sus lacras. Carecía de pruebas para acusarles, y cometí el error de hacerlo, creyéndome fuerte. Me destrozaron la acusación y me presentaron una demanda por calumnias. El F.B.I, resolvió eso, pero fui advertido de que no cometiera nuevos errores. Esto de ahora, para mí, es como un castigo. Y una última oportunidad. Si cometo cualquier error nuevamente, estoy perdido. Lo mismo que le sucede a usted con su empleo, me ocurre con el mío. En cualquier momento podría hallarme en la calle por inepto.

—Comprendo su situación, porque tengo muy buena idea sobre la mía. Créame, señor Robson. Le ayudaré en cuanto me sea humanamente posible, porque con ello me ayudo a mí mismo. No creo en el valor de los diamantes, porque son la riqueza de un país donde se trafica con la sangre y el sudor de los de mi raza. Son piedras malditas, cuya belleza se fundamenta en el dolor y en la opresión. Pero como empleado de una entidad aseguradora, debo proteger los intereses de quienes me pagan. Eso es todo.

—Sí, es todo... —Robson suspiró, meneando la cabeza al mirar fijamente a su interlocutor y compañero de viaje hacia Johannesburgo—. Cielos, ¿por qué tenemos que proteger algo como una piedra, por

preciosa que ella sea, y por la que tantas vidas se arriesgan, en uno u otro sentido?

—Así están hechas las cosas, señor Robson —sonrió el negro—. No trate de analizarlas. Tenemos una misión que cumplir, eso es todo. No le importe que todo gire en torno a un pedrusco brillante, cuyo valor es inmenso. Grandes magnates, grandes millonarios, soñarían con tener algo así. Algún maníaco sería capaz de asesinar, sólo por tener en sus manos durante unos minutos esa enorme gema... No trate de encontrarle lógica a esas cosas. Nunca en el mundo de las joyas y del lujo, señor Robson, créame. Las grandes elegantes que se ponen esas joyas sobre su piel, nunca pensarán en la sangre, en las vidas y en la miseria que ha costado sacar sus gemas de una mina cualquiera de Sudáfrica, del Brasil o de la India.

El vuelo continuaba normalmente sobre el verdor exuberante del continente africano. Debajo de ellos, Nyasalandia iba siendo como un frondoso tránsito hacia el sur de Africa, hacia Johannesburgo, la fabulosa ciudad del Transvaal.

—Ya estamos cerca, Lindfield —musitó—. Cerca de Johannesburgo, cerca de Sam Greeley, nuestro representante general en Johannesburgo... y cerca, también, de la «Luna Azul». La gema maravillosa destinada a convertirse en otras piedras más pequeñas, para la diadema que los Estados Unidos regalarán a una emperatriz cuyo país proporcionará al nuestro cientos de miles de millones... Un presente ridículo y trivial para ella, casi cuatro millones de gasto para el Tesoro... y un riesgo terrible para nosotros dos. Créame, Lindfield. Me echaría a reír ahora mismo de todo eso... si fuera realmente gracioso. Pero no lo es, no. Es trágico. Muy trágico en el fondo.

Tras ellos, un caballero parecía dormitar apaciblemente, reclinado sobre el asiento, sus gafas cubriendo los ojos, el sombrero inclinado sobre la frente, los brazos beatíficamente cruzados...

Debía ser sordo, a juzgar por el pequeño aparato acústico a pilas aplicado a su oído derecho. Pero cuando desconectó ese aparato, procedió también a desprender del asiento delantero —el que ocupaba justamente Duncan Robson— un pequeño cono de goma, adherido en forma de ventosa. Eso no acostumbraba a formar parte de ningún equipo acústico, a no ser que fuese un diminuto micrófono conectado al audífono, en cuyo caso, éste tenía que haber captado perfectamente la conversación sostenida delante del viajero adormilado.

Este parecía seguir dormitando, pero una sonrisa indefinible flotaba

en sus labios cuando sepultó en un bolsillo de su americana ambas pequeñas piezas...

Más allá, en otro asiento, unos ojos de mujer no se desviaban un ápice del adormilado caballero, cuya maniobra no le pasó en absoluto inadvertida a la propietaria de aquellas pupilas profundas, pensativas, fijas en el hombre desde detrás de los vidrios color caramelo, de sus gafas modernas y estilizadas de montura.

Era como si todos se vigilaran unos a otros, en un extraño juego de silencio y de cautela, de malicia y de agudezas.

Pero todo eso no lo sabía aún Duncan Robson, ajeno a toda maniobra a sus espaldas.

Capítulo



SAM Greeley era un hombre alto, atlético, de tez bronceada por el sol de Sudáfrica y expresión risueña en sus ojos claros. El cabello, muy canoso, lo peinaba liso, haciendo un breve flequillo sobre su frente.

—Está comprobada perfectamente la identidad, Robson—declaró, tras examinar detalladamente todos sus documentos—. Perdona si soy algo exigente en ese sentido, pero toda medida de precaución es poca. Son las órdenes que he recibido respecto a usted y a cualquier otro que se acerque al «Luna Azul», amigo mío.

—Sí, lo comprendo perfectamente—suspiró Robson—. Usted obra bien al tomar sus precauciones. No me molestó en absoluto.

—Tampoco a mí—respondió Lindfield—. Son medidas justas. Y encaminadas a una mayor seguridad, simplemente.

—Celebro que lo comprendan—sonrió Sam Greeley, volviendo a ser, nuevamente, tras sus momentos dubitativos, de recelo y extrema cautela, el americano jovial y risueño que debía ser siempre, a juzgar por su expresión—. Ahora, vengan conmigo. Vamos a tomar algo en mi pequeño bar. Un rincón delicioso, según todos mis visitantes.

Le siguieron Robson y Lindfield, debidamente identificados ya, y por ello mismo fuera de toda duda.

Se acomodaron ante el mostrador arrinconado, semicircular, deliciosa y suavemente iluminado. Greeley pasó al otro lado del mostrador para servir las bebidas. Por un ventanal muy amplio, eran visibles las estrellas, la noche austral, en el sur de Africa, por encima de Johannesburgo

Greeley miró sonriente a sus visitantes, mientras preparaba los combinados, tras el mostrador. Observó su mirada al ventanal, su

rápido cambio de miradas entre sí.

—No teman nada —señaló—. Esos vidrios son a prueba de balas. Y de miradas ajenas también. Fuera, tienen una coloración ámbar, que los hace opacos. Hay espejos que por el lado opuesto son vidrios transparentes, ¿no es cierto? Bien. Algo así ocurre con los míos, pero menos acentuado. Sólo parecen cristales opacos, y nada más. Pero yo veo fácilmente el exterior. Eso me da cierta seguridad, unido al blindaje especial.

—Muchas precauciones, ¿no, Greeley? —comentó Robson.

—En estos países, todas son pocas —miró a Lindfield, pensativo—. No se ofenda, pero somos minoría blanca, en medio de una tremenda mayoría negra. El Gobierno no creo que obre debidamente con el «apartheid» y todo eso. Los ánimos se soliviantan, y vienen las luchas raciales. Estas son cada vez más violentas. El peligro crece para nosotros todos.

—Sí, lo comprendo —suspiró Lindfield—. Johannesburgo no será cómodo para vivir en un futuro inmediato. Los nacionalismos se excitan... y ése es mal asunto. Pero ¿es sólo por eso por lo que se rodea de precauciones, señor Greeley?

—No, no sólo por eso —rió Greeley—. Ustedes saben la verdad. Soy agente de los Estados Unidos en esta parte de Africa. Mi misión consiste en facilitar a mi Gobierno ciertas cosas.

—Como, por ejemplo, la «Luna Azul» —comentó el joven inglés de color.

—Sí, como eso, por ejemplo—admitió Greeley, depositando ante ellos sus combinados.

—Greeley, ¿usted tiene aquí... en su propia vivienda... ese diamante? —preguntó Robson, con repentina inquietud.

—Estaría tan seguro como en la caja fuerte de un Banco —sacudió negativamente la cabeza luego—. Pero no, no tengo esa gema aquí. La conservo en las cámaras acorazadas de la «World Diamond» de Sudáfrica. Ya pagué, por orden de mi Gobierno, la suma convenida.

—¿Los tres millones quinientos mil dólares?

—Tres millones, quinientos once mil dólares, exactamente —rectificó suavemente Greeley—. Pero ese pago no será efectivo hasta tanto no cruce las fronteras de Sudáfrica esa piedra. Sólo entonces comenzará exactamente nuestra propia responsabilidad. Hasta entonces, es cosa suya estrictamente.

—Yo no tengo ese privilegio —suspiró Lindfield—. Arriesgo la mitad

en cada envite, aquí o en el exterior de Sudáfrica.

—Y las otras mitades van para el Gobierno de los Estados Unidos, la «American Diamond» y la «International Diamond Agency», aseguradora de la gema cuando esté en territorio sudafricano, a medias con ustedes, Lindfield —Robson sacudió la cabeza, paladeando el combinado—. Cielos, es horrible.

—¿Mi combinado? —se decepcionó Greeley.

—No, claro que no —le calmó Robson—. Hablaba de este asunto del «Luna Azul». Demasiados aseguradores, demasiados posibles ladrones, demasiados riesgos, en suma.

—El asunto es delicado, lo admito —Greeley les observó, meditativo—. ¿Usted no tiene experiencia en diamantes, Robson?

—Alguna. Pero no en piedras como ésta. La mayor que vi era como un garbanzo, pero ninguna como un peñasco, Greeley. En Represión de Contrabando, nunca vimos fenómenos de esa especie. Esto es... es distinto.

—Sí, es distinto. El contrabando de gemas es una cosa. El mantener la seguridad de una piedra así es otra muy distinta. Por eso... por eso hice algo, antes de venir ustedes. ¿Oyó hablar alguna vez de un hombre llamado Brett Allyson?

—No —arrugó el ceño Robson—. Me suena ese nombre, pero no recuerdo...

—¿El mismo Brett Allyson que ha vivido durante años en Amsterdam, y que ahora reside en Tángers? —aventuró vivamente Lindfield, ante la sorpresa del agente federal.

—El mismo, sí —afirmó con suave sonrisa Greeley—. No hay otro Brett Allyson que pueda interesarme a mí, amigo Lindfield. Veo que lo conoce bien.

—Es el mejor falsificador de piedras preciosas del mundo.

—Lo es. Síganme, se lo ruego...

Intrigados, ambos le siguieron. Dejaron sus combinados en el bar y caminaron en pos de Sam Greeley, quien les condujo hasta una biblioteca cuyos muros aparecían totalmente cubiertos de estanterías.

Como en un viejo folletón, Greeley se limitó a oprimir el lomo verde de determinado volumen, haciendo que una de las estanterías comenzase a girar sobre sí, silenciosamente, mostrando una especie de cámara secreta detrás. Entraron en ella. Greeley cerró tras de sí. La cruda luz de una lámpara se encendió al cerrarse totalmente la estantería a espaldas de ellos.

Contemplan una verja metálica, que se alzaba ante el acceso a una caja fuerte de regulares dimensiones. Greeley sonrió ante la extrañeza de ambos forasteros.

—Adopto siempre el mayor número posible de precauciones —explicó—. Incluso para guardar cosas sin valor...

Abrió la verja presionando un resorte electrónico oculto. Luego llegó a la cámara e hizo funcionar su mecanismo marcando la combinación necesaria. Tiró de la gruesa, pesada puerta de acero. Ante ellos, iluminado por un tubo fluorescente, apareció el interior de la caja.

Greeley entró en ella. Buscó algo en sus estanterías. Reapareció con una caja metálica que parecía destinada a guardar valores o dinero. La depositó sobre un estante, junto a la verja de seguridad.

La abrió, tras accionar otra combinación en un pequeño dial. Hubo un chasquido, y la caja quedó abierta.

Sam Greeley sonrió levantando la tapa. Extrajo algo envuelto en un paño. Era algo voluminoso, que puso ante los ojos de ambos, bajo la cruda luz de la lámpara.

—Vean esto —dijo con voz suave—. Vean esto... y no se asusten demasiado, amigos.

Destapó lo que tenía entre sus manos.

Instintivamente, Lindfield y Robson dieron un paso atrás. Se miraron, asombrados.

—Esa... esa piedra... —jadeó Lindfield con estupor—. Es... es la «Luna Azul»...

—No, no lo es —Greeley manejó con indiferencia la enorme, voluminosa gema, imperfecta y tosca, y aun así de asombrosa luminosidad, de una claridad cristalina—. Es sólo una copia. Una perfecta copia de la «Luna Azul»...

—¿Obra de Brett Allyson? —se interesó Robson.

—Exactamente. Obra de Allyson. Hizo una copia perfecta, solamente con las fotografías y el molde que yo le envié.

—¿Para qué hizo eso, Greeley? —era Lindfield quien preguntaba.

—Para que ustedes lleven ambas gemas —dijo él con calma—. La verdadera... y la falsa.

* * *

—No me gusta el juego. Es doblemente peligroso.

—¿Peligroso? —de regreso al hotel donde se alojaban Duncan

Robson giró la cabeza, para mirar a su compañero de vehículo—. ¿Por qué?

—Esa copia... —Lindfield sacudió la cabeza—. Ya oyó usted el plan de Greeley. Debemos llevar visiblemente la copia, y más oculto el original. Cualquier ataque, cualquier intento de robo, irá encaminado al más visible de ambos diamantes, al que ellos suponen es el verdadero, puesto que se parte de la base de que ignoran la existencia de una copia.

—¿Lo ignoran realmente?

—Debemos imaginar que sí. En otro caso, esa copia carecería totalmente de valor.

—De cualquier modo, no deberemos hacer alarde de ninguna de ellas. Pero si hay una piedra más visible, más accesible que ninguna otra, nadie buscará más, pensando haber hallado el original y dándose por satisfecho con él.

—Entiendo esa parte del plan, y la veo ingeniosa. Pero si el ladrón comprueba que le burlamos, se sentirá furioso. Será capaz de cualquier cosa con tal de recuperar la piedra auténtica, y en esa segunda ocasión no fallaría. Además, posiblemente no se conformase con robar el diamante, sino que nos eliminaría a nosotros.

—Partamos de una base, Lindfield. No vamos a dejarnos quitar ninguna. Ni la auténtica ni la falsa. Sólo si es absolutamente preciso, utilizaremos el señuelo de esa piedra falsa. Nada más...

—Bien, es posible que tenga éxito de ese modo. Pero cuando un viejo zorro como Greeley recurre al truco de repetir una gema, es que teme lo peor.

—Lo peor, es siempre la muerte, Lindfield.

—De eso hablaba —sentenció con tono grave el negro.

—Está muy pesimista ahora. El viaje a Washington es largo y azaroso, pero creo que no hay motivos para tanto temor. Oficialmente, Greeley recibirá esa piedra de manos de la «World Diamond», mañana mismo. Nos la entregará a nosotros, y seremos escoltados por autoridades de Johannesburgo hasta la frontera con cualquier Estado vecino, o hasta que el avión abandone territorio sudafricano. A partir de entonces, será nuestro problema exclusivamente, amigo Lindfield. Y espero que las cosas vayan en él mucho mejor de lo que usted presiente.

—Así sea —suspiró el muchacho de color—. Pero no olvide a «Lord Dickson». Ni a «Reina de Diamantes». Ni a otros posibles peones en la partida...

—No olvido a nadie. Ni siquiera a nosotros mismos, Lindfield —le recordó gravemente el federal.

El taxi se había detenido ante el bien iluminado

Transvaal Hotel, y su enorme marquesina radiante, cuyos vidrios brillaban en la noche sudafricana como auténticas gemas arrancadas a la fabulosa tierra diamantífera. Sus formas poligonales, aumentaban esa fantástica impresión.

—Eh, mire eso —señaló Lindfield a través de la ventanilla—. ¿Qué ocurre ahí ahora? ¿Una invasión?

—Pero femenina —rió huecamente Robson entre dientes—. Ve, todo son chicas, descendiendo de ese gran autocar...

—Chicas... Y chicas muy bellas, de todas las razas... ¿Qué significa ello?

—Levin me advirtió sobre eso en El Cairo. La expedición Winters está aquí.

—¿La expedición Winters? ¿Qué es ello?

—Las bellezas que actuaron en la película protagonizada por Karin Ritcher, donde desapareció el lujoso collar de Gizeh... Ya están aquí, en Johannesburgo.

—Demonio... —Lindfield se frotó el mentón, preocupado, antes de abrir la portezuela del coche—. Es como si siguieran el rastro de los diamantes, Robson... Cualquiera de esas preciosidades puede ser... «Reina de Diamantes».

—Ya lo pensé, sí. Cualquiera de ellas. O Karin Ritcher misma, la actriz de cine que... ¡Eh, diablos, no es posible eso!

—¿El qué no es posible? —le contempló, descubriendo su gesto de estupor, en tanto miraba a las bellas que se arremolinaban bajo la radiante marquesina del «Transvaal Hotel», recién descendidas de un autocar cargado de equipaje que, sin duda, había llegado directamente del aeropuerto internacional de la gran urbe sudafricana.

—Esa mujer... La que cruza ahora hacia el vestíbulo, la más alta...

—Oh, ¿esa? Es Karin Ritcher, la actriz. ¿Nunca la vio en el cine o en la televisión?

—No, nunca... —Robson sacudió la cabeza—. Nunca en la pantalla, pero sí en la realidad. Hice con ella el viaje. Madrid-El Cairo... Ahora comprendo por qué me era conocido el apellido Ritcher... La azafata la llamó una vez.

—Excelente —los ojos del joven de color brillaron—. Vamos, saludela.

—No, no creo que deba hacerlo...

—Claro que sí. ¿Es que no se da cuenta? Además de reanudar su amistad con una hermosa y célebre muchacha... puede estar, con un fácil pretexto, cerca, muy cerca tal vez... de su «Reina de Diamantes».

—Eso es cierto—los ojos de Robson se entornaron, reflexivos—. Sí, Lindfield, su idea no es mala... Nada mala, ciertamente...

Y abrió la portezuela, disponiéndose a hacer lo que señalaba su compañero. Ambos cruzaron la acera, encaminándose al vestíbulo del hotel. Ya bajo la luminosa, deslumbrante marquesina, Robson fue en derechura hacia Karin Ritcher, que ya iba a desaparecer dentro del vestíbulo.

En su afán por seguirle, Lindfield no se dio cuenta de que se cruzaba con un hombre fornido, muy rubio, el típico descendiente de holandeses que era el ciudadano de Sudáfrica

Tropezó violentamente con él, casi derribándole. El hombre se revolvió, rápido, recuperando el equilibrio.

—Disculpe... —se excusó Lindfield—. No advertí...

—Negro... —jadeó el hombre rubio, cuyos ojos, muy azules, se fijaban en él duramente—. Cochino negro asqueroso... Me has tocado y me has derribado casi...

—Le pedí perdón, señor—repitió humildemente Lindfield—. Créame que lo siento. Lo siento muy de veras...

—Sucio y maloliente negro... —silabeó el sudafricano— ¿Quién te autorizó a caminar por la misma acera que yo camino, puerco maldito de oscura piel?

—Escuche, amigo—cortó fríamente Robson—. Él es ciudadano extranjero, y es amigo mío. Lo que le diga a él, es como si me lo dice a mí, ¿entiende?

—Bien... —el hombre rubio se había plantado en medio de la acera, con gesto violento de odio y desprecio—. Si usted convive con cochinos negros, no es asunto mío. Sólo diré que es tan maloliente y asqueroso como ellos, extranjero. Y déjeme en paz con su... su «amigo». Este asunto lo resolveremos él y yo...

Había levantado una mano. Llevaba un látigo flexible, de cuero trenzado, que hizo restallar agriamente en el aire, con un duro trallazo. Preocupado, Lindfield observó ese arma, realmente peligrosa en manos de un experto.

—No hará nada de eso —replicó Robson—. Yo me ocuparé de esto. Si algo tiene que decir, formule una denuncia y bastará, pero no va

usted a tocar a nadie.

—¿Eso cree? —los ojos azules miraron glacialmente a espaldas suyas. Su repentino grito alertó a Robson, pero era tarde ya—. ¡Sujétenle, pronto!

Trató de revolverse. En vano. Brazos fornidos, de varios sudafricanos situados a espaldas suyas, le sujetaron sus propios brazos y le mantuvieron quieto, a merced del otro, el sudafricano rubio, que se limitó a acercarse, escupiéndole al rostro. Robson, inmóvil, sujeto por aquellos brazos, nada pudo hacer, salvo forcejear en vano, reducido a la impotencia.

Las muchachas recién llegadas eran mudas, asombradas testigos de la escena, y el miedo empezó a asomar a sus ojos. El sudafricano caminó rápido hacia el negro Lindfield, que esperaba a pie firme, en guardia.

No podía pensar siquiera en sacar un arma de fuego que llevaba encima. No podía dispararla, habiendo tanta gente en derredor, tantas mujeres inocentes, que podían ser víctimas de un balazo.

El látigo se alzó, en la mano del sudafricano rubio. Cayó violentamente sobre el rostro de Lindfield.

El grito de éste sonó ronco, angustiado, lleno de dolor...

Capítulo IV

FUE el principio de todo.

Lo que siguió, no tenía nada de agradable. Muchas de las jóvenes bellezas recién llegadas a la ciudad sudafricana se cubrieron los ojos, horrorizadas, internándose apresuradamente en el hotel. Otras, empezaron a gritar, pidiendo la intervención de la autoridad.

Entre tanto, Duncan Robson continuaba reducido a la impotencia, sujeto por media docena de atléticos brazos que le impedían todo movimiento de auxilio a su amigo y compañero.

Lindfield, entre tanto, pugnaba por defenderse desesperadamente del acoso del látigo, pero éste, manejado habilidosamente y con suficiente longitud para mantener a raya al joven de color, azotaba a éste despiadadamente, con una brutalidad aterradora lanzándole contra las paredes o los árboles del bulevar, en un constante trallazo que hendía la piel y carne del infortunado muchacho, llenándole el rostro y las manos de sangrientas estrías.

—¡Un policía! —rugía Robson rabiosamente, forcejeando en vano con aquella serie de humanos nudos que le inmovilizaban—. ¡Tiene que haber un policía en alguna parte, maldito sea...!

Pero el policía no surgía por parte alguna, desgraciadamente. Y los espectadores, los curiosos de ambos sexos, naturales de Sudáfrica, contemplaban indiferentes, con apatía e incluso con cierta simpatía por el hombre del látigo, la atroz paliza que estaba recibiendo Lindfield.

El joven negro, lacerado por el dolor terrible que abría su epidermis y la hacía sangrar violentamente, se vio ahora arrojado de rodillas contra el suelo, y su camisa se rasgó, como cortada por invisibles y aceradas tijeras, cuando se halló en esa posición.

Había vuelto a caer brutalmente el látigo sobre él, desgarrando sus ropas y causándole más dolor aún.

Se revolcó, con un gemido, cuando el látigo pegó en su cuello, trazando un rojo surco, como si le hubieran degollado súbitamente. Desde el suelo, en un esfuerzo supremo y desesperado, logró llevar la mano a su bolsillo. Extrajo un arma, una automática, y encañó repentinamente a su agresor.

Este se paró en seco, sorprendido, perplejo acaso al ver a un negro en territorio sudafricano portando armas de fuego. Su mano alzada, con el sangrante látigo, se mantuvo inmóvil.

—¿Qué mil diablos significa...? —rugió, irritado.

Lindfield replicó, entre espasmos de dolor:

—Significa que va usted a responder de su brutal y cobarde agresión, señor.

—No te atreverás a disparar, negro —jadeó el otro.

—Claro que me atreveré —afirmó rotundamente Lindfield—. Esté usted seguro de eso. Y ustedes, suelten enseguida a mi amigo, o recibirán también alguna bala de mi arma.

—Esto le costará la vida —dijo uno—. Tire ese arma, negro, o lo pagará en la horca.

—Posiblemente. Pero eso será mejor que morir aquí estúpidamente, si logro llevarme a alguno de ustedes por delante. Creo que ni siquiera merecen el calificativo de seres humanos...

Hubo un silencio dramático en la calle, bajo la radiante marquesina del hotel. Luego, de súbito, el hombre del látigo soltó un bramido:

—¡Estoy seguro de que no te atreves, cerdo!

Y le atacó, moviendo de nuevo su brazo, para estamparle la tralla en el rostro. Lindfield no dudó un instante. Apretó el gatillo.

El arma voló por los aires, arrancada de las manos del sudafricano. Su látigo planeó en la calzada, lejos de sus dedos desollados por el certero balazo. Robson sintió que cedían los brazos en torno suyo, y con un poderoso esfuerzo se soltó, golpeando con sus codos a dos de ellos, dolorosamente, en sus vientres. Al tercero le asestó un cabezazo, sintiendo que le crujía el mentón bajo su impacto.

—¡Bravo, Homer, adelante! —masculló Robson, incorporándose.

Justamente entonces, cuando todo lo tenían ganado ambos amigos, todo lo perdieron. Cobardemente y a traición.

Alguien, desde algún punto alejado, disparó un objeto pesado contra la nuca de Duncan Robson. Era un pesado maletín de aluminio, que

golpeó en la cabeza a Duncan, aturdiéndole. El que lanzara el maletín se aproximó, aprovechando ese momento favorable para él, y descargó un doble mazazo con sus manos en la nuca del federal.

Robson se derrumbó a sus pies, como un fardo.

Y para entonces ya otros dos hombres se lanzaban sobre el joven de color, sujetándole los brazos. El arma se disparó de nuevo al aire del bulevar céntrico. Después, el hombre del látigo se aproximó. Clavó su puño zurdo, con rabia, contra el hígado primero y el estómago después.

Se dobló, convulso, Lindfield, y fue remachado con un mazazo en la nuca que lo derribó igual que a Robson.

Lo que siguió fue aún peor que la paliza con el látigo. Mucho peor y más brutal.

Porque en esta ocasión, con Lindfield en el suelo, inmóvil e indefenso a sus pies, el rubio sudafricano cargó contra él con ambos pies, pateándole brutalmente las manos, el rostro, descargando feroces puntapiés en sus costillas, y dando y dando sin cesar sobre aquel cuerpo flácido e indefenso, que se agitaba como un pelele bajo el alud de golpes.

Finalmente, alguien sujetó al enfurecido individuo, avisando con voz áspera:

—Ya basta... Creo que si sigue golpeando, va a matarle...

Se detuvo el agresor, mirando con ojos dilatados de furia al joven inglés de piel oscura. Se controló, espumeantes sus labios.

—Cochino negro... Claro que debería morir.

—Mire —avisó otro—. La Policía...

Era cierto. Llegaban agentes al fin. Con parsimonia, contemplando indiferentes, casi aburridos, el final de la terrible paliza al muchacho de color.

El sudafricano, de mala gana, bajó los puños y detuvo sus zapatos en el martilleo feroz al caído. Esperó a que llegara la Policía, con una luz de ira y de satánico odio en sus ojos.

—Soy el oficial de Policía Otmar Hallen —explicó apaciblemente el que mandaba el grupo—. Será mejor que me explique lo que sucedió aquí, señor...

—Sí, gustosamente, oficial —sonrió el sudafricano—. Nada importante, desde luego. Golpeaba a un negro que me molestó y que luego resultó ir armado y me hirió de un balazo...

—Oh, entonces hizo bien en pegarle —habló el policía de Johannesburgo. Miró con desprecio al caído—. ¿Está muerto?

—Creo que no, oficial.

—Lástima... —se encogió de hombros Otmar Haller— Bien, vamos a aclarar este pequeño incidente y podrá irse tranquilo, señor... señor...

—Walter Skreiber —informó el hombre de pelo rubio—. A su disposición, oficial. Espero que sepa comprender lo sucedido.

—Por supuesto que lo comprendo —rió Haller—. Tratándose de negros, lo comprendo todo, mi estimado señor Skreiber...

* * *

—Tratándose de negros... Oficial, ¿es que he oído bien lo que acaba usted de decir?

—Me ha oído perfectamente, señor Robson.

—Tratándose de negros. Habla usted de ellos como... como si fuesen ratas o algo así...

—Son peor. Mucho peor, señor Robson. En su país también saben eso muy bien.

—Escuche, oficial Hallen. En mi país, un negro es un ciudadano con los mismos derechos, a pesar de todos los racismos de unos cuantos. En mi país, el Gobierno protege por igual a todos, cualquiera que sea su color, a despecho del fanatismo de una parte de la nación. Pero, usted... ¡usted es la Ley aquí, y habla de los hombres con piel de color como si fuesen alimañas cuya vida no sólo no valiese nada, sino que fuese altamente necesario acabar con ellas de cualquier modo!

—Señor Robson, creo que se está alterando inútilmente —suspiró Otmar Hallen, rígido—. Le expuse mi opinión, señor, y es criterio oficial. El señor Walter Skreiber declaró que ese... negro le atacó con un arma de fuego e hizo varios disparos...

—Eso ocurrió cuando estaba ya acribillado a latigazos, oficial— habló pacientemente Robson, dominándose del mejor modo posible—. Sólo entonces, réngalo en cuenta. Y después ya no sé lo que ocurrió, porque alguien me golpeó por detrás, dejándome sin conocimiento. Pero debió ser algo terrible, cuando usted me dice que... que mi amigo Homer Lindfield está... hospitalizado.

—Así es —Hallen se encogió de hombros—. Está en el hospital. Se le atiende de sus contusiones y heridas. Eso es todo. En cuanto al señor Skreiber, aparte de golpear a un negro, lo cual no es delito en Sudáfrica, tuvo toda clase de justificaciones para hacerlo, diga usted lo que diga, señor Robson. Y en cuanto a usted mismo, será mejor que en lo sucesivo

cuide más sus amistades, o el Gobierno se verá obligado a expulsarle de territorio sudafricano, por convivencia amistosa con un hombre de color. Eso infringe nuestras leyes de «apartheid», y usted lo sabe.

—Dios, esto es inhumano... —jadeó Robson, sacudiendo la cabeza —. Usted no puede hablar así, la Ley no puede portarse así en modo alguno...

—No tengo nada más de qué informarle. Sólo que cuando sane de sus heridas su... su amigo, tendrá que responder ante los cargos que formule contra él el señor Skreiber, por molestarle en la vía pública y utilizar armas de fuego contra su persona.

—¿Un juicio? Eso sería ya el colmo de la insensatez y de la monstruosidad, oficial.

—Usted no vierta conceptos demasiado ofensivos, señor Robson. Recuerde que su condición de norteamericano no le exime de cumplir las leyes de este país, Antes al contrario, puede incluso ser expulsado de él en cualquier momento, como represalia por su actitud. Es todo, señor Robson. Buenos días.

Abandonó fría, rígidamente, la habitación del hotel, donde Duncan Robson se hallaba ahora, con la cabeza vendada también por el fuerte impacto del metal de la maleta, repleta sin duda de objetos, que le golpeará en la calle cuando trató de defender a Lindfield.

El federal se mordió el labio, rabiosamente. No había podido informar al policía de su condición de agente de la Ley, porque debía llevar a cabo muy discretamente su misión en Sudáfrica. Tampoco podía decir que Lindfield era un importante funcionario de una empresa internacional.

Y, sin embargo, algo había que hacer. Aquella situación era incalificable y monstruosa en su propia injusticia. Trataban a Lindfield como si fuese un animal despreciable, al que hay que eliminar cuanto antes.

Por otro lado, Robson tuvo el repentino temor de no sentirse demasiado seguro sobre la eficacia que su personalidad real produciría en las impenetrables y rígidas leyes del «apartheid». Al menos, podría impresionar a Hallen, al mencionar su condición de invitado especial del Gobierno sudafricano. Pero, por otro lado, ¿cómo reaccionaría aquel mismo Gobierno racista, si Hallen, a su vez, informaba de los sucesos acaecidos?

Había temido algo así desde que vio que Lindfield era de color, y su destino la República de Sudáfrica, pero nunca pensó que pudiera ser tan

malo. Nunca imaginó que las cosas fueran a tomar aquel cariz.

Se incorporó, aunque todo le dio vueltas en torno. Había pasado toda la noche inconsciente, atendido por algún empleado del hotel y por un enfermero de urgencia, pero su propio estado no le preocupaba demasiado ahora. Era Lindfield quien le causaba quebraderos de cabeza. Lindfield, que yacía en un hospital.

¿Hasta qué grado había llegado la paliza de Walter Skreiber, el racista sudafricano?

Caminó hacia el teléfono, iba a descolgarlo ya, cuando golpearon suavemente en la puerta de su habitación.

—Adelante —invitó Robson, curiosamente, mirando hacia allá.

Esperaba cualquier cosa, menos lo que entró en su habitación al abrirse aquella puerta.

Pestañeó, sorprendido.

—Vaya... —dijo, enarcando las cejas—. ¿No se ha equivocado de habitación, tal vez, señorita?

—No —sonrió ella—. Usted es Duncan Robson, de los Estados Unidos.

—Pues no se ha equivocado, entonces —Duncan la contempló con mayor interés y curiosidad que antes, desde la punta de sus zapatos de alto tacón, hasta su vestido de anchas rayas horizontales, en diversos y brillantes colores, amoldado sobre un cuerpo espléndido, turbador, de caderas acentuadas, senos magníficos y largas piernas, sobre las cuales su minifalda llegaba justamente hasta medio muslo—. Me parece haberla visto antes. ¿Quién es usted?

—«Miss Africa».

—¿Eh?

—Dije «Miss Africa» —sonrió ella—. Pero eso es solamente un título. Mi nombre es Birdie. Birdie Hopkins, señor Robson.

—Ya la recuerdo ahora. Estaba anoche en la puerta del hotel, con todas las jóvenes bellezas llegadas a Johannesburgo.

—Sí —se estremeció ella—. Estaba allí, señor Robson. Apenas vi el principio de todo. Por fortuna, no vi su final. No me hubiera gustado.

—La creo, ¿Ha venido a preguntarme si me encuentro bien, tal vez?

—No. He venido simplemente a ver cómo sigue, después de esta noche. Llegó usted a preocuparme.

—¿A usted? —se extrañó Duncan.

—Aún no sabe quién le atendió en primer lugar, es cierto —rió la

joven belleza, de tez bronceada, ojos verdes y cabellos muy negros, lustrosos, sobre aquel óvalo perfecto que remataba el esplendor de su cuerpo escultural y agresivo—. Fui yo, señor Robson.

—¿Usted?

—Alguien tenía que hacerlo. Los sudafricanos no parecían muy dispuestos a ello, quizá por ser usted amigo del muchacho de color. Por tanto, me ocupé de que viniera un enfermero, y, entre tanto, yo cuidé de usted, curando su herida y preocupándome de que se recuperase de su fuerte «shock».

—Vaya... Tuve un ángel por enfermera. Y yo, sin saberlo.

—Lamento que tuviera que conocerle en esas circunstancias—sonrió «Miss Africa»—. Pero lo cierto es que todo hubiera sido peor si no se preocupa alguien por usted. De todos modos, no piense por ello que soy ningún ángel.

—No es sólo por eso. Es... por su aspecto —sonrió Duncan, contemplándola en todo su esplendoroso atractivo físico—. Se ganó a pulso el título.

—Oh, no le haga demasiado caso a ese título. «Miss Africa» es uno de los títulos honoríficos que instituye la señora Winters, la directora de nuestro grupo. Un negocio para ella. Lo puede ganar cualquiera, y no por eso se convierte una en alguien realmente importante.

—¿Es usted africana?

—Sí, pero de padres europeos. Puede decirse que sólo soy africana por la primera luz que vi, en Casablanca.

—Comprendo. De todos modos, Africa puede sentirse satisfecha de su representación humana. Estoy seguro de que puede ganar el título de «Miss Universo».

—Sigue siendo muy amable. La gratitud hace maravillas en los humanos.

—No es gratitud. Es la pura verdad —señaló unos asientos—. ¿Quiere acomodarse? Pediré unos combinados abajo y celebraremos habernos conocido, aunque sea en estas circunstancias, señorita Hopkins.

—Por Dios, no me llame así —rechazó ella, horrorizada—. Mi nombre es Birdie. Los amigos siempre me llaman así. Y usted, en cierto modo, tiene ya una amistad conmigo. ¿No se dice eso de una mujer y un hombre cuando pasan una noche juntos, en la misma habitación?

Ella rió jovialmente su propia broma, y Robson, contagiado, coreó esa risa. Aquella muchacha era como un soplo de brisa fresca y

tonificante para sus nervios.

Se acomodó, mientras Robson llamaba por teléfono al bar, pidiendo dos martinis. Entretanto, pensaba todavía en su amigo Lindfield.

—Me permitirá que llame un momento al hospital donde mi compañero está hospitalizado —habló, después de hacer el encargo al bar.

—Sí, por supuesto. Hágalo. Yo no tengo prisa todavía. La exhibición de las modelos de la señora Winters tendrá lugar esta noche, en una gala especial...

Duncan Robson descolgó de nuevo, pidiendo que le comunicaran con la Policía. Pidió a éstos, secamente, la dirección del hospital donde se alojaba su compañero Lindfield. Le dijeron que llamase al Hospital General de Johannesburgo.

Robson obtuvo el número de ese hospital, y le atendieron, pasándole la comunicación al pabellón de urgencia.

—¿Dígame? —sonó una voz—. Aquí, el doctor Van Deyer.

—Soy Duncan Robson, norteamericano. Un amigo mío ingresó ahí con heridas esta noche. Un joven de color, de nacionalidad inglesa. Le golpearon con un látigo, a puntapiés y de todas las formas imaginables, doctor. Su nombre es Homer Lindfield.

—Sé de quién se trata. ¿Qué desea saber, señor Robson?

—Su estado actual, cómo marchan las heridas y todo eso.

—Oh, entiendo. Creí que le habían informado a usted ya...

—¿Informado? ¿Sobre qué?

—Ese joven de color, amigo suyo, Homer Lindfield... ha fallecido esta misma mañana, señor Robson. Estaba reventado por dentro...

Capítulo

V

ROBSON, no puede hacer nada. No se moverá, le guste la idea o no.

—Eso es lo que usted dice, Greeley.

—Eso es lo que habrá de hacer. Su misión en Sudáfrica está por encima de cualquier consideración. Hablaremos con las autoridades de Sudáfrica. Ese hombre, Skreiber, será juzgado por homicidio, no debe dudar.

—Ese hombre sólo golpeó a un negro, y eso aquí no es delito—habló Robson, con las mandíbulas encajadas, lívido su rostro y febriles sus ojos entornados—. Nadie va a hacer nada a Skreiber, eso sí que es algo de lo que puedo estar completamente seguro.

—Robson, es diferente. Esto es un homicidio...

—No alterará las cosas en absoluto, lo sé.

—Aunque fuera así, Robson, ¿quién es usted aquí? Un simple viajero, un extranjero, que no puede intentar hacer la justicia por su mano. No puede ir a ese Skreiber y matarle, porque eso le haría a usted mismo culpable de homicidio.

—Y yo sí sería juzgado por ello —replicó Duncan con sarcasmo—. Desde luego, Greeley, no voy a quedarme cruzado de brazos.

—¿Es que ha perdido el control de sí mismo? Hay millones en juego, un encargo oficial del Gobierno de Washington, unas relaciones con un país que puede aportar millones al nuestro y darnos el suficiente petróleo para no tener nunca problema alguno de combustibles, aparte de que así ese país no hace un convenio previo con otra potencia que se muestre interesada en el petróleo. Todo eso se compra con atenciones, diplomacia... y unos diamantes valiosos. Y usted, ahora, quiere poner todo eso en peligro. Tiene que haberse vuelto decididamente loco,

Robson. Siga su misión, espere a recibir las gemas, y salga para los Estados Unidos con ellas, sin pérdida de tiempo. Los ladrones de joyas, evidentemente, están ya aquí, en Johannesburgo, igual que usted. Ellos no desaprovecharán ninguna ocasión, si se les presenta. Y si usted está pensando en otra cosa que no sean los diamantes, es muy fácil que ocurra eso, y nos quedemos colgados, sin joya y sin misión cumplida. Eso, Duncan, sería un auténtico desastre.

—Greeley, también es un desastre que un hombre muera, con las costillas clavadas en su propio pulmón...

—No podemos hacer ya nada por Lindfield. Sólo informar al Gobierno británico, que exigirá explicaciones a Sudáfrica, y tendrá que ser juzgado Skreiber, les guste o no.

—Eso no me basta. Skreiber se librará de todo.

—Robson, ¿insiste usted en anteponer sus cuestiones personales a la misión encomendada?

—En este caso, sí—afirmó él, rotundo—. Cumpliré mi misión, esté seguro. Pero antes debo resolver algo.

—¡Robson!

Era tarde ya. Robson no contestó a su llamada. Había salido de la habitación, dando un fuerte portazo.

* * *

Había bastantes Walter Skreiber en la guía telefónica de Johannesburgo.

Duncan Robson probó a todos, uno por uno. Les decía lo mismo siempre. Preguntaba por el incidente de la noche antes, en el hotel Transvaal, y luego pasaba a informarle de que un agente de Policía iría a entrevistarse con él para aclarar ciertos detalles.

La llamada resultó errónea doce veces. A la decimotercera, resultó bien. Duncan, tras sus palabras, en un correcto holandés que él dominaba perfectamente, dieron una respuesta positiva:

—Oh ¿todavía eso? —sonó la fría voz de Skreiber en el teléfono—. Escuche, agente, ya dije cuanto tenía que decir. Ese maldito negro no merece más, ¿no cree?

Duncan encajó las mandíbulas. Le temblaban los labios cuando respondió serenamente, dominándose cuanto pudo:

—Bien, de todos modos, pasaremos a verle, pero será siempre rutina, no se preocupe, señor Skreiber...

Colgó, sin esperar a más. Consultó la guía telefónica con rapidez y

anotó la dirección que correspondía a aquel Skreiber.

Tomó un taxi, que le dejó cerca de la casa del hombre a quien telefonara. Caminó hasta ella por su pie. Era un barrio residencial de Johannesburgo, y la casa de Skreiber denotaba que no era precisamente un hombre de escasos medios de fortuna.

Rodeado de un jardincillo, el edificio era típico en Sudáfrica, especialmente en la zona residencial de Johannesburgo. Robson rodeó el edificio y alcanzó una valla posterior, por la que saltó, adentrándose en los terrenos de Skreiber.

Cruzó hasta el porche. Se detuvo allí, en tensión. Aguardó unos momentos, escuchando atentamente. Luego llamó con energía.

Y se hizo a un lado, para no ser visto por la mirilla, si Skreiber la utilizaba antes de abrir la puerta.

No sucedió de ese modo, porque Skreiber abrió inmediatamente, saliendo en pantalones cortos y camisa clara, fumando una pipa apestosa.

—¿Quién llama...? —indagó, asomando.

Y eso fue todo. Porque se encontró con las manos de Duncan Robson que, como zarpas, cayeron sobre él, aferrándole por la camisa y tirando hacia el jardín con el hombre.

—Buenos días, señor Skreiber —saludó heladamente Robson—. ¿Me recuerda aún?

—No... no... —sobresaltado, el sudafricano abrió mucho sus ojos azules—. ¿Quién diablos es usted, qué modales son estos...?

—Soy un amigo de anoche, señor Skreiber —silabeó Robson— Le conocí cuando iba con otro amigo. Un muchacho de color, ¿recuerda? Hotel Transvaal...

Palideció intensamente Skreiber, que se quedó contemplando a Robson con horror. Sí que le reconoció entonces. Su expresión lo revelaba a las claras. El cuerpo tembló, bajo las manos firmes de Robson.

—Será mejor... que me suelte... —susurró Skreiber—. O llamaré a la Policía...

—Claro que le soltaré —masticaba Duncan las palabras—. Pero cuando lo haga; no va a estar usted tan impecable como ahora, señor Skreiber, se lo aseguro.

—No... no se atreverá a... a hacerme nada...

—Eso es lo que usted supone. Está en un error. Claro que voy a atreverme. Para eso he venido.

—Escuche, está metiéndose en serios jaleos, sólo por defender a un tipo que no vale nada. Aquí no consideramos a los negros y...

—Skreiber, ese negro a quien usted golpeó... ha muerto hoy. De resultas de su paliza —observó la expresión de miedo en el fondo de las pupilas de Skreiber y sonrió ferozmente—. Ha muerto, ¿entiende? En su país, eso tal vez no sea un asesinato, cero en el mío sí... a pesar de cuanto digan de los Estados Unidos.

—Suélteme. No me puede acusar de nada. Yo no le quise matar... Pero, aun así, la Ley no puede condenarme sino a una pequeña multa, todo lo más...

—Todo lo más... —silabeó Duncan Robson glacialmente—. Claro, es lo que me imaginaba. Por eso he venido. Skreiber. Usted pagará ahora. Sólo lamento que no sea con su asquerosa vida, porque yo no soy un asesino como lo es usted...

—¡Déjeme! —chilló Skreiber, pateando y tratando de hincar sus puños, inesperadamente, en el estómago de Duncan.

Robson encajó ese golpe perfectamente, reduciendo su potencia con una dura contracción muscular. Luego, su mueca se hizo jubilosa. Skreiber había empezado. Bien. Él lo había querido...

Le soltó un repentino mazazo al torso que lo derribó contra una de las columnas del porche. Una vez allí, le martilleó seca y contundentemente en el hígado, El tipo perdió la respiración.

Implacablemente, los puños de Robson llegaron a su boca y a su nariz. Las hizo sangrar, al estrellarse sus nudillos contra ambas.

Después siguió golpeando, golpeando contundente, seguro, inexorable. Cada réplica tímida e inútil de Skreiber, encontraba en Robson un aluvión de golpes vertiginosos y certeros que iban convirtiéndole lentamente en un guiñapo.

Cuando un último golpe derribó, completamente inconsciente, al sudafricano, su pantalón, su camisa y su rostro aparecían manchados con la sangre que brotaba de su rota nariz y de su boca tumefacta.

Duncan Robson le contempló, glacial, y sacudiendo sus manos, como si quitara de ellas unas imaginarias motas de polvo, se encaminó de regreso al exterior.

Era poco. Muy poco, a cambio de la muerte de un hombre. Pero era todo lo que él podía hacer a Skreiber, sin caer fuera de la Ley. Y sin llegar a su altura de asesino, de hombre sin conciencia.

—Lo siento, Lindfield —murmuró entre dientes, con voz apagada—. No puedo hacer más por ti, muchacho...

—De modo que se salió con la suya...

—Tenía que hacerlo, Greeley. Era inevitable. De otro modo, no hubiese podido vivir, créame.

—Le creo. Pero, aun así... puede haber cometido un error muy grande, Robson. No nos interesa que le retenga aquí la autoridad por ningún motivo.

—Creo que Skreiber no avisará a la Policía de mi visita. No se atreverá. Sabe, en su interior, que si lo hace regresaré para machacarle.

—Bien, ya hizo cuanto pudo por Lindfield. El, desde donde ahora está, tal vez se lo agradecerá. Vuelva a la realidad, a la fría realidad de su tarea. Después de todo, tengo noticias para usted, antes de llevarle adonde espera el auténtico diamante «Luna Azul».

—¿Noticias? ¿En qué sentido?

—Iba a hacer ese viaje de regreso con el pobre Lindfield. Bien, eso ya no es posible, desgraciadamente. Otra persona viajará con usted, vigilando ese diamante como si fuera su propia vida.

—¿Quién? Sería preferible que hiciera yo solo el viaje...

—Ellos no están de acuerdo. Y le envían a su nuevo compañero.

—¿Ellos?

—Las compañías de seguros, ya sabe. Especialmente, la «International Diamond Agency».

—¿A quién me envían esos?

—A... a una persona que ya le esperaba —caminó Greeley hacia la puerta del fondo de su despacho. La abrió, haciéndose a un lado, con amable sonrisa—. Por favor, ¿quiere salir? Ya está aquí Duncan Robson, su compañero hasta Washington...

Salió el nuevo compañero de Duncan. Este abrió los ojos, con sorpresa.

—Una mujer... —susurró, aturdido.

—Sí, una mujer —asintió ella, tendiéndole gentilmente su mano. Unos ojos oscuros, rientes, se clavaron en él—. Señor Robson, soy Laura Gisborn, de «Interdiamond».

VI

Capítulo

DE modo que una mujer...

—No me valore en menos de lo que realmente soy, por el simple hecho de ser mujer —se quejó ella, aunque con risueña expresión—. Señor Robson, yo soy una experta en trabajos de estos. He escoltado famosas y valiosísimas joyas, hasta los lugares más peregrinos del mundo, sólo porque mi compañía los había asegurado, o era copartícipe en su aseguración.

—¿Y nunca fueron robadas? —sonrió Robson.

—Casi nunca. Mi lista de fracasos es similar a la de cualquier otro agente del sexo masculino.

—¿Nunca le robó otra mujer?

—¿«Reina de Diamantes»? —sonrió con viveza la joven. Meneó la cabeza, afirmativamente—. Dos veces Pero no eran de las mejores joyas. ¿Por qué preguntó eso?

—Oh, por nada. Simple curiosidad.

—No me diga... —ella enarcó las cejas, burlona—. Yo soy una mujer. Y usted piensa que, posiblemente, podría ser la propia «Reina de Diamantes».

—Podría serlo sí. Cualquier mujer puede serlo.

—pero usted imagina que una mujer que trabaja con joyas tiene inmejorables, oportunidades de conocer embarques de joyas, saber su valor, su importancia, los secretos de su traslado o conservación...

—Algo así —convino Robson—. ¿No es cierto que podría serlo?

—Claro que sí —rió ella de buena gana—. Y usted «Lord Dickson».

—¿Yo? Soy agente federal, puedo demostrarlo...

—Y «Lord Dickson» puede demostrar otras cosas. Puede ocupar el puesto de cualquiera, suplantarle sin que sea advertido por nadie el cambio de personalidad... No, señor Robson. Si se empeña en sospechar de mí, recuerde que yo tampoco me fiaré de usted.

—Conforme —aceptó Duncan. Soltó luego una carcajada—. Usted gana, Laura. No habrá mutuos recelos.

—Los habrá, pese a todo, estoy segura —declaró ella, pensativamente—. Pero creo que, después de todo, tendré que perdonarle por ello. Seguro que sí, señor Robson...

—Bien, ahora hay que salir de Sudáfrica, en cuanto se me haga la entrega oficial del diamante «Luna Azul». Y en cuanto salgamos de Johannesburgo, seremos nosotros los responsables absolutos de la mercancía.

—Sabía eso. Es nuestro riesgo, señor Robson. Tal vez usted, como federal que es, no esté habituado a velar por la seguridad de un simple trozo de carbono, pero yo sí. Y sé que no debemos fiarnos absolutamente de nada ni de nadie. Viajaremos ambos con los ojos bien abiertos, para evitar sorpresas desagradables.

—Esperemos que haya suerte —suspiró Robson, sacudiendo la cabeza—. Como usted dice muy bien, no soy un experto en escoltar trozos de carbono, por valiosos que ellos sean. Y no me fío en absoluto ni de mí mismo, porque puedo fallar en la misión.

—No fallará —aseguró ella, sonriente.

—¿Cómo está tan segura de eso?

Laura Gisborn, de «Interdiamond», sonrió. Desde sus oscuros ojos hasta su boca carnosa. El cuerpo bien formado se reclinó indolentemente en el asiento, y se cruzó de piernas. Las tenía muy bonitas, y valía la pena que adoptara esa postura, pensó Robson.

—Porque sé que es usted un agente especial del F.B.I., muy competente. Eso, en primer lugar. En segundo lugar, porque desde que le he visto he estado convencida de que es usted un hombre muy capaz de llegar adonde sea, cuando le encomiendan una misión.

* * *

A veces, pensó Duncan Robson, era halagador que una mujer hablase bien de uno.

Pero también podía ser peligroso. Detrás de un halago, podía ocultarse muy bien una intención más oculta, un engaño solapado.

No se fiaba de eso. Ni de Laura Gisborn, agente de «Interdiamond», ni de la hermosa «Miss Africa», que veló su inquieto sueño de la noche antes, ni de la bella actriz Karin Ritcher, con quien coincidió en el viaje Madrid-El Cairo. De nadie que llevara faldas, habiendo suelta una «Reina de Diamantes» de identidad desconocida por completo.

Pero igual sucedía respecto a los hombres. Allí estaba el enigmático «Lord Dickson», el hombre de las mil caras, que igual podía presentarse como un caballero, que como un truhán, un nativo o un chino.

Demasiados ladrones de alto copete, suspiró Duncan, preocupado. Demasiadas dificultades para llegar a buen puerto con el «Luna Azul». Y demasiadas millas de territorio africano, en aquel avión que habría de llevarle en breve rumbo a Lagos y Casablanca, para, desde la capital marroquí, partir ya directamente hacia Lisboa, las Azores y Washington, D.C.

Tras asistir a los funerales por Homer Lindfield, Duncan Robson se encaminó, con Greeley, a la central de diamantes de Johannesburgo, las oficinas de la «World Diamond», donde les aguardaba un representante general de esta firma y un miembro del Gobierno de Sudáfrica, para hacerle entrega oficial de la misión. Y del diamante.

La ceremonia fue breve y rutinaria. Firma de unos documentos, la entrega de un maletín herméticamente cerrado, con cadena de seguridad y candado sujeto a una pulsera de acero que debería ceñir la muñeca de Robson...

—Todas las medidas están tomadas, hasta que abandonen ustedes Johannesburgo y el territorio sudafricano después, señor Robson —explicó el miembro del Gobierno de Sudáfrica—. A partir de entonces, todo será cuestión suya. Le deseo suerte. Entretanto, soldados de mi país escoltarán su vehículo hasta la frontera, donde les esperará el avión que ha de conducirles a Lagos y Casablanca.

Asintió Robson. Sabía todos esos detalles. Sabía que iban a viajar solamente él, la joven Laura Gisborn y el piloto. Nadie más. Ellos... y un diamante auténtico y uno falso. El canje era cosa suya, bien calculada con Greeley. Ni siquiera Laura Gisborn debía saberlo.

Duncan debía viajar con el falso diamante en el maletín, sujeto a su muñeca. Y el auténtico iría en el resto del equipaje, a bordo del avión, como algo sin valor, dentro de una bolsa de viaje, aunque cuidadosamente envuelto, para que nadie advirtiera la naturaleza del bulto.

Todo se había medido y calculado. Ahora, sólo faltaba que las cosas

fallaran por culpa de algún imponderable. Especialmente, un imponderable llamado «Reina de Diamantes»... o «Lord Dickson».

Regresó Duncan Robson al hotel. Cuando cruzaba el umbral, con el maletín en su mano, se encontró con ella.

Detúvose Karin Ritcher la primera. Le miró.

—Hola —saludó risueña.

—Hola —respondió Duncan, en guardia.

—Volvemos a encontrarnos, señor Robson.

—Cierto. No sabía entonces que era usted una famosa actriz del cine.

—Ni yo que era usted un agente del Gobierno norteamericano.

—¿Quién le dijo eso? —frunció Duncan el ceño, intrigado.

—Oh, no tiene importancia. Al parecer, la Policía informó al hotel, y ya todos lo saben. Seguramente debido a... a lo de anoche —y bajó la cabeza, con un estremecimiento.

—¿Lo presencié usted todo?

—No, no, qué horror... Me marché antes, al ver que ni siquiera acudían policías a nuestros gritos. Fue algo espantoso. Lo que no supe es que usted estuvo también herido. Birdie me lo dijo.

—¿Birdie? Oh, sí, «Miss Africa»... —asintió Duncan, pensativo—. Ella fue muy buena y gentil conmigo.

—Birdie siempre es gentil con quien lleve pantalones —rió agudamente Karin—. Y, edemas, usted es atractivo. No crea que lo hizo por simple humanidad— Ella no es así.

—A pesar de todo, le estoy agradecido a su compañera.

—Ella es compañera accidental —puntualizó Karin—. En realidad, todas ellas lo son. Forman un grupo de bellezas que se exhiben en mi película.

—Sí, sabía eso.

—Estamos haciendo una jira, y de paso filmamos algunas escenas de exteriores naturales. Pero lo importante para Susan Winters es la publicidad.

—Interesante dama la señora Winters. Patrocinadora de la belleza femenina...

—Sí, ella no tiene complejos. Sabe que es atractiva, pese a su leve madurez, y no teme que nadie le haga sombra. Ni siquiera sus bellas muchachas.

—¿Todas estuvieron en El Cairo cuando usted filmaba?

—Sí —ella estudió curiosamente a Robson, y luego observó su maletín, bajo el sobretodo que cubría su muñeca y la cadena de seguridad—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Por nada. Creo que allí le ocurrió algo poco agradable...

—El collar —suspiró Karin—. Sí, me despojaron de él, sin que haya sabido aún cómo pudo suceder.

—Dicen que pudo ser «Reina de Diamantes».

—No hubo indicios sobre la identidad del ladrón. La Policía egipcia preguntó si había visto alguna carta de la baraja, con la reina de diamantes.

—Y no la vio.

—Lo cierto es que no. No la vi en absoluto. Por eso no sé seguro si fue esa ladrona o no.

—Sí, comprendo. Solamente si deja su firma es ella. Aunque también podría ser otra persona, aprovechándose de la fama de esa ladrona misteriosa.

—¿Nadie sabe realmente quién es ella?

—Nadie.

—Entonces, podría ser cualquiera, ¿no es cierto?

—Sí, cualquiera.

—Incluso... yo.

—Incluso usted —sonrió Robson, divertido.

—Espere. ¿Me está haciendo ahora preguntas sobre todo eso, acaso porque... porque duda de mí?

—Le aseguro que no era por eso.

—¿Estoy fuera de toda sospecha?

—Eso, tampoco —negó Duncan con energía—. Le soy sincero. Cualquier mujer con la que me detengo a hablar, pienso que puede ser... «Reina de Diamantes».

—¿Por qué precisamente iba a detenerse ella a hablar con usted? ¿Qué tiene usted que ver con esa ladrona? ¿La está persiguiendo?

—Podría ser que sí.

—¿Y cree que esté en... en Johannesburgo?

—Hay ciertas posibilidades de que sea así.

—Si primero hubiera estado en El Cairo... y luego en Johannesburgo... sería... sería... una de nosotras.

—Brillante deducción. ¿Cómo se le ha ocurrido?

—No sé —se encogió de hombros Karin—. No me gustan los sucesos

ni los policías, puede creerme. Pero es fascinante ignorar quién será esa mujer asombrosa... y también tiene su fascinación saberse dentro del círculo de sospechosos de la Policía. Sobre todo, cuando se es inocente.

—Estoy convencido de que a «Reina de Diamantes» le divierte también sobremanera el juego, aun siendo culpable.

—¿Cree que ella tiene sentido del humor?

—Creo que... —se detuvo Duncan. Laura Gisborn había llegado ya en otro coche, situándose junto a él y mirando abierta y hostilmente a Karin Ritcher, que inclinó la cabeza.

—Vamos, Duncan —invitó con sequedad, tomándole de un brazo—. Creo que ya es hora de que vayamos arriba a por los equipajes.

—¿Se marchan? —se sintió desencantado el tono de Karin.

—Nos marchamos, sí —afirmó Laura fríamente—. ¿Le interesa acaso, señorita?

—No, en absoluto —ambas mujeres se estudiaron, con escasa amistad—. ¿Es usted tal vez su prometida?

—No. Algo peor que eso —miró burlonamente a Duncan, antes de decir confidencialmente a Karin Ritcher—: Soy su guardaespaldas, su niñera... ¿Vamos, querido Duncan?

—Sí, vamos —Robson hizo a Karin un gesto de resignación, le guiñó un ojo y partió junto a Laura, camino de su habitación.

Observó la presencia de agentes de Policía en todas partes. Las autoridades de Johannesburgo lo controlaban todo, para evitar incidentes desagradables. En el ascensor, les acompañaron otros dos agentes silenciosos pero vigilantes, y en su pasillo había dos agentes más al salir del ascensor, y tres frente a su puerta.

—Menos mal que nos marchamos —suspiró Robson—. De otro modo, pensaría que debajo de mi almohada hay otros dos policías escondidos...

Laura se echó a reír y siguieron adelante. Ella preguntó por el camino:

—Duncan, ¿esa chica, Karin Ritcher... le interesa de veras?

—Es bonita y famosa. Pero no he pensado nada sobre ella.

—Podría ser «Reina de Diamantes».

—Sí, podría serlo. Le robaron un collar en El Cairo.

—Lo sé. Sé todo lo que ocurre con los diamantes en el mundo, amigo Duncan —Laura se expresaba con él como un camarada, al margen su diferencia de sexo—. Recuerde que ese es, justamente, mi trabajo.

—No me da usted tiempo para olvidarlo nunca —suspiró Robson, entrando en la habitación. Donde, inevitablemente, dos silenciosos agentes de Sudáfrica les saludaron desde los asientos donde aguardaban su entrada. Robson les miró con cara de cierto malhumor. Comentó sarcástico—: ¿No se lo dije? Cuidado con el grifo del lavabo, si lo utiliza. Puede salir uno por allí.

Laura rió entre dientes, sin hacer comentario alguno. Ambos se encaminaron adonde se hallaba el equipaje de Duncan. El terminó de arreglarlo y salió del hotel, en compañía siempre de Laura Gisborn.

Escortados por la Policía local, llegaron abajo. Les esperaba un coche blindado especial, conducido por Greeley, y con la inevitable escolta de dos agentes de Policía. Partieron del «Transvaal Hotel», en dirección a las afueras de la ciudad.

—Llevo conmigo el diamante falso —susurró Greeley a Robson, cuando comprobó que nadie le oía— Y un coche especial espera en un lugar determinado. Con ese coche y su conductor, irán hasta el aeropuerto situado en Bechuanalandia. Una vez a bordo del avión, el conductor de su coche, un escocés llamado Stewart McAdams, de total confianza de la «World Diamond», será su piloto hasta Lagos y, posteriormente, hasta Casablanca. Suerte, Robson.

—Gracias, Greeley. Sigo pensando que la necesitaremos en grandes dosis.

—Y recuerde esto: no se fíe de nadie. Absolutamente de nadie.

—Lo tengo muy presente, no lo dude... —sonrió Duncan, irónico—. Por la cuenta que me tiene...

Y golpeó suavemente el maletín donde iba el auténtico diamante, que en breve iba a ser cambiado por el falso, según las instrucciones de Greeley al respecto.

El coche siguió cruzando Johannesburgo, hacia el exterior de la ciudad. Duncan Robson, al abandonar la urbe sudafricana, pensó inevitablemente en el pobre Lindfield, que se quedaba allí para siempre.

Apretó los labios y respiró hondo, tratando de olvidar a Lindfield, a Skreiber y todo lo demás.

En estos momentos, sólo debía tener mente y pensamientos para una cosa: para su viaje con el diamante «Luna Azul», el fabuloso encargo del Gobierno de los Estados Unidos a las minas diamantíferas de Sudáfrica.

La divisoria de Bechuanalandia estaba ya ante ellos. Espesor, vegetación, altas palmeras, humedad pegajosa y con bochorno y grandes tierras de cultivo en torno.

El coche redujo la velocidad. Allá, frente a ellos, en la divisoria, era visible otro coche, un «jeep» con matrícula sudafricana y hombres armados en él.

—Van a darnos una cordial despedida —comentó sarcástico Robson—. Esta gente no se fía en absoluto, en tanto esté el diamante en sus tierras...

—Detrás de esa hilera de vegetación, se halla, en un claro, el avión que hemos de tomar —informó escuetamente Stewart McAdams, el pelirrojo escocés que conducía ahora el vehículo con el que habían atravesado el territorio sudafricano hasta la divisoria.

—No nos entretendremos mucho en la despedida oficial—aseguró Greeley—. Cuanto antes emprenda el vuelo, tanto mejor, Robson.

—Conforme con usted, Greeley—asintió el agente del F.B.I., portador de la fortuna en forma de un gran carbono.

Se detuvieron al fin. Saltaron a tierra Duncan y la joven Laura Gisborn. Greeley despidió a ambos. McAdams se reunió con los dos, y todos ellos se movieron hacia la línea de vegetación.

Duncan Robson se llevó una sorpresa, al ver quién era el que dirigía el grupo de policías sentados en el «jeep».

—Vaya... —habló—. Mi buen amigo, el oficial de Policía Otmar Hallen—su voz sonó helada.

—El mismo—hubo una mueca, una sonrisa acaso, en los labios de Hallen—. Es curioso que coincidamos aquí, señor Robson... Según creo, es usted agente federal y lleva a su país algo muy valioso, adquirido a nuestro Gobierno, ¿no es cierto?

—Usted sabe que sí. No tenemos tiempo que perder, oficial. Lamento no entretenerme más con usted.

Saludó, disponiéndose a pasar de largo, con Laura y con el piloto escocés.

Se llevó una gran sorpresa cuando la voz fría del oficial sudafricano le interpeló a sus espaldas:

—No vaya tan deprisa, señor Duncan Robson.

Se detuvo. Giró la cabeza, mirando sin pestañear al oficial de Policía de Johannesburgo.

—¿Qué le ocurre ahora? —indagó Robson—. Sabe usted que es una misión importante la nuestra. Y peligrosa. No podemos entretenernos.

Todo se ha de hacer rápida, urgentemente, según le habrán informado sus propios superiores de Johannesburgo, oficial,

—Es cierto. Ellos me informaron en ese sentido, pero... —Hallen inclinó la cabeza, como si midiera cuidadosamente las palabras a pronunciar. Luego, se expresó lentamente—: Las cosas han cambiado bastante desde que usted abandonó Johannesburgo, señor Robson.

—¿De veras? —Duncan enarcó las cejas—. De eso hace pocas horas Y no veo lo que ello pueda afectarme a mí, en modo alguno.

—Yo sí lo veo —silabeó el policía fríamente—. Y soy yo quien representa aquí a la Ley, señor Robson.

—Bien, no andemos con más dilaciones. Tengo que salir de su país y entregar esto que llevo conmigo al Gobierno de los Estados Unidos. Eso es lo realmente importante aquí, de modo que va a permitirme que no escuche su conversación, pero tengo prisa. Todos tenemos prisa, oficial.

Nuevamente inició la marcha. La voz glacial del oficial Hallen sonó como un trallazo:

—¡Señor Robson, no se mueva!

Y, ante su asombro, el policía sudafricano apareció ahora armado con una automática que le encañonaba directamente.

—Pero... pero ¿qué significa...? —comenzó Robson, estupefacto.

—Significa que, como le dije, han ocurrido cosas en Johannesburgo desde que se ausentó usted de allí. Cosas importantes para usted. El Gobierno ha rectificado sus instrucciones. Tengo orden de arrestarle.

—¿Arrestarme a mí? ¿Por qué?

—Por homicidio.

—¿Homicidio? ¿Se ha vuelto loco?

—Creo que no, señor Robson. Y usted sabe muy bien que no es así... a menos que fuese en un ataque de locura cuando golpeó y asesinó al ciudadano sudafricano Walter Skreiber, el que mató a su amigo de raza negra...

SEGUNDA PARTE

Capítulo



EL silencio se hizo impresionante en la selva sudafricana, a dos pasos de la divisoria con el país vecino.

McAdams, Laura Gisborn y el propio Duncan Robson no reaccionaron de momento. Sólo cambiaron una mutua, estupefacta mirada entre sí.

—Asesinado... Skreiber... —jadeó Duncan—. Imposible.

—Hay testigos que le vieron golpearle. Asaltó su morada y le machacó, en su propio jardín.

—Sólo hice eso: golpearle, darle una buena paliza.

—Eso, justamente, es lo que hizo Skreiber con aquel negro. Y lo mató.

—Es diferente. Skreiber era un asesino nato, un ser bestial. Machacó hasta matar, hasta causar heridas mortales...

—¿Y usted no? —había profunda ironía en el tono del oficial de Policía Hallen.

—No, yo no —rechazó ásperamente Robson—. Jamás lo hice. Nunca hubiera matado a un hombre.

—Cuando se golpea, es difícil saber eso. Especialmente, si a uno le ciega demasiado la pasión, señor Robson.

—La pasión... Sí, había bastante en mí, oficial. Pero sé pegar a un hombre. Sé cuál es el límite. Ni siquiera le causé heridas graves. No pudo morir de mis golpes.

—Lo cierto es que murió. Uno de sus golpes fue muy duro, y le tiró boca arriba, sobre la acera del porche.

—¡Eso es mentira! —aulló Robson—. No cayó nunca en esa postura

durante la paliza.

—Cayó. Y se desnucó. Le hallaron muerto. Eso es lo que cuenta.

—Yo no lo hice, oficial. Alguien asesinó a Skreiber, después de irme yo. Era un tipo odioso. Cualquiera podía tener con él cuentas que ajustar, y aprovechó el momento...

—Muy convincente. Pero no para mí. Vamos, venga con nosotros. Contará todo eso al juez, por si él desea creerle o no.

—Oficial, eso es imposible ahora. Usted sabe que no puedo ir en modo alguno, que es imposible que yo abandone en estos momentos mi misión...

—Debe volver —negó rotundamente Hallen, agitando su arma—. No me obligue a disparar contra usted, Robson. Me gustaría hacerlo, después de todo.

—Parece no darse cuenta de lo que esto significa. Tenemos el tiempo justo, medido para todo.

Y usted viene ahora a dificultarlo con una ridícula acusación...

—No es tan ridícula, amigo. En absoluto. De modo que mejor será que la acepte usted en toda su realidad. Eso es lo mejor que puede hacer, créame. Si se resiste, tendré que matarle.

—Sé que lo haría... —masculló Robson, furioso.

Parecía no haber otra alternativa. La única salida era entregarse, volver a Johannesburgo, ser juzgado por algo que no había hecho. Y el diamante, entretanto, estaría a merced de cualquiera. La misión fracasaría. Washington tenía el tiempo preciso para que el tallista cortara las gemas y el joyero las engarzase. La visita imperial a los Estados Unidos tendría lugar muy en breve...

—Cielos, no pueden hacer eso... —protestó Laura inútilmente

—Lo lamento, señorita. Puedo hacerlo... y lo hago—replicó duramente Hallen.

De repente, ocurrió.

Y fue Stewart McAdams, aquel en quien menos pensaban todos, el que trató de resolver la cuestión por el camino de la violencia.

Hallen no le había prestado atención, y los hombres del oficial sólo estaban pendientes de Robson, de quien sin duda habían recibido referencias, advirtiéndoles sobre su peligrosidad. Eso hizo que descuidasen su vigilancia a McAdams, el pelirrojo escocés unido al grupo viajero.

Y el escocés, repentinamente, fue quien extrajo un arma, haciendo fuego inesperadamente.

El estampido, acompañado de un grito de agudo dolor, sacudió la calma selvática del lugar. Y de la mano, repentinamente ensangrentada, del oficial Hallen, escapó la automática, perdiéndose en la espesura.

Sus policías armados trataron de actuar, de moverse. Pero para entonces, ya Robson esgrimía también su arma, dispuesto a todo, y formaba fila junto a McAdams.

—Cuidado —avisó el escocés, sonriente—. Les tenemos cubiertos a todos. Será mejor que no intenten nada de nada, amigos. A mi compañero, el señor Robson, y a mí mismo, nos encantaría poderles volar la cabeza a todos.

—Creo que igualmente me reservarían la horca, si me juzgan por lo de Skreiber —replicó irónico Robson—. De modo que vale la pena intentarlo.

—Pediremos la extradición si huyen. Tendrán que entregarnos a usted, Robson. Es culpable...

—Espero que para entonces se aclaren algo más las cosas, Hallen. Le repito que nada tengo que ver en eso. Trasirme yo, alguien acudió, aprovechándose del estado de Skreiber para desnucarlo. Averigüe eso si quiere llegar a un verdadero final victorioso.

—¿Vamos, Robson? —invitó McAdams—. El avión nos esperará... Podemos ligar y amordazar a todos estos caballeros, hasta estar a salvo de sus persecuciones...

—No es mala idea —asintió Robson—. Vayan tirando sus armas al suelo, lejos de ustedes. El primero que intente algo, lo lamentará.

—Está bien, obedecedles —gruñó de mala gana

Hallen—. Están ya fuera de la Ley y no vacilarán en hacer lo que sea...

—Esté seguro de eso—rió burlonamente Duncan.

* * *

Poco después, estaban perfectamente amordazados y ligados todos los componentes del grupo Hallen, y éste inclusive, por supuesto.

Atravesaron la divisoria McAdams, Laura y Robson. Alcanzaron el claro, donde aguardaba una avioneta azul y blanca. Subieron a ella. Laura respiró hondo, al acomodarse en la pequeña y confortable cabina.

—Creí que esto no llegaba nunca —suspiró.

—Pues imagine lo que sentí yo —habló Robson. Que miró hacia adelante para decir—: Gracias por todo, McAdams.

—Oh, no tuvo importancia—rió el piloto, quitando importancia a su acción, con un alegre ademán.

La avioneta se elevó sobre la espesura. Tomó rumbo Noroeste.

—Ahora, nos perseguirá la Ley sudafricana —le recordó Laura a su compañero de peripecia.

—Por supuesto —asintió Duncan—. Eso es algo inevitable. Sólo espero que, realmente, nos sea posible llegar hasta nuestro destino. Más tarde, eso de Skreiber tiene que aclararse. Otra persona le mató, y pretenden hacerme pasar a mí por culpable. Estoy seguro de que se pondrá en claro la cuestión, ya lo verá.

—Lo deseo, por su propio bien—dijo fervorosamente la joven.

Robson asintió, mirándola con simpatía. El aparato remontaba majestuosa y rápidamente el vuelo, sobre el continente africano.

A bordo viajaban los tres. Y una fortuna en un solo diamante.

Pero Duncan Robson no sabía que, a bordo, todavía viajaba alguien más...

* * *

—Eso es Angola —dijo McAdams, señalando hacia abajo, a la campiña fantástica y cambiante de Africa—. La cruzamos ahora, para seguir hacia el Africa Ecuatorial y Nigeria.

—Hermoso paisaje —suspiró Laura—. Africa es maravillosa.

—¿Le gusta este continente?

—Me fascina.

—Sí, tiene cosas hermosas. Esa vegetación, esos páramos, esas fieras... y los diamantes.

—¿No puede dejar de pensar en eso? —se quejó ella.

—¿En los diamantes? No, no es fácil. Creo que terminarán siendo una obsesión para mí... Y bien diferente a la que puedan sentir ciertas mujeres. Los detesto.

—¿Por qué? ¿Sólo porque son un riesgo tan grande?

—Tal vez sea una razón, no lo sé aún —manifestó Duncan—. Pero no me son simpáticos. Esos trozos de carbono, por los que la gente roba, engaña, mata... Es absurdo, ¿no le parece?

—No, no me lo parece. El oro es algo semejante. Los humanos quieren tener una ilusión. La de aquellos que poseen demasiado dinero, es la de tener cosas valiosas, que los demás nunca alcancen a tener. Y se inclinan por diamantes, esmeraldas, metales preciosos...

—De todos modos, nunca más aceptaré una tarea así, puede creerme. Detestó demasiado verme guardián de una fortuna —tocó su maletín, sacudiendo la cabeza—. Esto no se hizo para mí.

—Pensará de otro modo cuando llegue a Washington. Se sentirá muy satisfecho de haber cumplido su tarea brillantemente y haber llegado a depositar esa gema en manos de su Gobierno, ya lo verá.

—Lo dudo mucho, Laura —la contempló, preocupado—. ¿Es que a usted también le gustan los brillantes?

—Me enloquecen—asintió ella, entusiasmada.

—¿Qué sería capaz de hacer por ellos?

—No sé... Supongo que, sobre todo, robarlos...

—Robarlos. ¿No le horroriza decir eso, Laura?

—No. No soy «Reina de Diamantes», pero soy mujer. Me encantan las joyas. No puede culparme por eso.

—Dijo que incluso las robaría.

—Todas las mujeres piensan eso cuando ven la coronación de una emperatriz, o cuando pasan junto a un escaparate lleno de gemas hermosas —se echó a reír, divertida—. Debe perdonarnos. Así somos nosotras, Duncan.

—Sí, creo que necesitan ser perdonadas—suspiró él—. Ustedes son las causantes de todo lo que ocurre en torno a una joya...

—Así lo creo. ¿Qué quiere que hagamos? Es nuestro modo de ser, Duncan.

—Sí, es su modo de ser... —Duncan Robson se encogió de hombros, fatalista—. Pobre mundo... y pobres hombres.

—No sea tonto. ¿Qué sería de ustedes sin nosotras? Nos llenan de defectos, y, sin embargo, sólo tienen ojos para las damas que les parecen atractivas.

—Es diferente —sonrió Robson, mirando ahora directamente a Laura Gisborn, su compañera de viaje. Casi insultante, descarado, bajó los ojos hasta sus pantorrillas, sus rodillas y el arranque de sus bonitos muslos bien torneados y elásticos, bajo la envoltura sedosa, brillante, de la malla de nylon—. Es algo tan viejo como la misma Humanidad. El amor y el odio existen; existieron siempre.

—Amor... —Laura enarcó las cejas, burlona—. Si usted me mira ahora las piernas, ¿eso es amor realmente? Yo diría que es tan sólo puro e instintivo acto de atracción del sexo opuesto.

—Usted es terriblemente fría y científica en sus conclusiones, salvo cuando afectan a los diamantes —Duncan Robson sacudió la cabeza,

riendo suavemente—. En el fondo, puede que sea lo que usted dice. Pero yo quiero también creer que eso es amor. Amor a algo bello, bien formado por la Naturaleza. Como una estatua o un cuadro... pero vivo, modelado en carne. ¿Existe algo que merezca más un sentimiento de amor?

—Oiga, Robson, ¿todos los federales tienen su fácil palabra? —pestañeó ella, riendo también y ahuecando su sedoso cabello castaño, abundante y bien peinado—. Resulta fascinante oírle definir poéticamente casi las razones que tiene un hombre para que mire las pantorrillas de una chica.

—¿No las cree?

—Claro que no—protestó ella—. Pero no dejo de encontrarlo hermoso, después de todo. Es usted un cínico adorable, Duncan.

—Gracias. Debería estar resentido con usted, pero todavía debo darle las gracias por sus cumplidos.

—No es cumplido, le decía simplemente la verdad. ¿Resentido? ¿Por qué razón, Robson?

—Bueno, aún recuerdo cómo cortó la charla entre Karin Ritcher y yo. Como si fuese la más celosa de las amantes.

—Es divertido que ella piense eso de mí. La hará sentir celos.

—¿Celos?

—Oh, claro. No me irá a decir que no se ha fijado.

—¿Fijarme en qué?

—Robson, usted parece todo inteligencia en un momento... y al minuto siguiente da la impresión de ser completamente tonto. ¿Es que no me entiende? Karin Ritcher. Está loca por usted.

—Vamos, vamos... —protestó vivamente Duncan—. Nos conocimos en un viaje. En el hotel fue la segunda vez que nos vimos... Además, es estrella de cine, es famosa...

—Y es mujer—completó apaciblemente ella, con un guiño burlón—. Usted le gusta mucho a esa actriz. Bastaba verla su modo de mirarle.

—Y ella opina que yo, en cambio, gustaba a «Miss Africa».

—¿«Miss Africa»? —se asombró Laura

—La joven morena de ojos verdes que ganó el título en la jira de las bellezas de la señora Winters. Por cierto que me quedé con ganas de conocer a esa señora Winters, viuda de un riquísimo propietario de pozos petrolíferos.

—Usted hablaba de «Miss Africa», no de la señora Winters. ¿Por qué tenía celos Karin Ritcher?

—No dije «celos». Dije que, según ella, «Miss Africa» se sentía atraída por mí, y por eso me atendió al ser herido... Sin embargo, yo creo que Birdie solamente quiso hacer un acto de caridad.

—Robson, usted no conoce a los diamantes... ni a las mujeres. O se está haciendo el tonto conmigo. Sigo opinando que lo que siente Karin son celos. Y que esa «Miss Africa», si le ayudó, fue porque realmente le gusta usted... o porque ella es «Reina de Diamantes».

—No creo posible que lo sea.

—Usted no lo cree... —suspiró ella—. Vaya por Dios, Robson...

La conversación se interrumpió, y Duncan se sintió muy aliviado. Hablar demasiado tiempo con Laura le producía cierta sensación de inferioridad.

Prefería una interrupción, aunque ésta, en principio, no le gustó mucho.

Era Stewart McAdams quien, aplicando el piloto automático a la avioneta, se volvió hacia ellos, cubriendo la puerta vidriera que comunicaba con la cabina de pasaje.

—Ha habido un mensaje por radio, Robson—informó el pelirrojo y audaz escocés.

—¿Un mensaje? ¿De quién?

—De Sam Greeley.

—Greeley... ¿Qué contaba el viejo zorro?

—Llamó desde Johannesburgo. Las cosas no van bien allí. Le buscan a usted por homicidio.

—¿Skreiber?

—Sí. Otmar Hallen sigue obstinado en que usted es culpable. Ha tendido sus redes para cazarlo, según opina Greeley. Debe andar con cuidado. El Gobierno cree la versión de Hallen sobre los hechos. Por tanto, usted es el sospechoso para todos.

—Deliciosas noticias, McAdams. Siga volando, y no le preocupe nada.

—Hay aún otra cosa que acaba de informarme Greeley, amigo Robson.

—¿Más aún? ¿Qué es ello?

—Por una rara casualidad... el muerto, Walter Skreiber... estaba relacionado con el negocio de los diamantes

—¿Eh? —saltó vivamente Robson hacia adelante—. ¿Eso es cierto?

—Greeley cree tener indicios de que Skreiber andaba mezclado en

asuntos diamantíferos nada claros, al parecer, era socio de Lester Murray, un famoso comprador de diamantes robados...

—Lester Murray... Sí, me hablaron de él en Washington. ¿Y creen que Skreiber estaba metido en ese negocio?

—Es lo que opina Greeley. Me ha dicho que le informase urgentemente. Está estudiando la posibilidad de llegar a probarlo y presentar una teoría en torno al asesinato, que podría involucrar a Skreiber y a Murray en el asunto del «Luna Azul». Y, por tanto, probar su inocencia real en la muerte de Skreiber, ante las autoridades de Sudáfrica.

—Entendido, McAdams... Gracias por su informe.

—Oh, de nada.

El escocés volvió jovialmente al mando de su timón. La avioneta continuaba imperturbable su vuelo, por encima de selvas y de llanos. Sus reservas de gasolina le permitirían llegar a Lagos perfectamente. Allí repostarían para cubrir el resto del viaje, hasta Casablanca.

—¿Preocupado con esas noticias, Robson? —se interesó Laura Gisborn.

—Sí, bastante. Y esperanzado a la vez.

—¿Esperanzado? ¿En qué?

—Creo que, después de todo, el encuentro, el choque con Lindfield a la puerta del hotel no fue tan accidental como parecía.

—¿Quiere decir qué...?

—Quiero decir que algo marcha peor de lo que yo imaginaba. Nos aguardaba una conspiración bien tramada en Johannesburgo. Y parte de esa conspiración era la pelea, el choque, la paliza mortal a

Lindfield, y acaso la idea de hacer lo mismo conmigo... o al menos inutilizarme.

—¿Para qué?

—Está claro. Para tener acceso a «Luna Azul».

—Espere... ¿Cree que todo fue premeditado?

—Todo, sí. Justamente en el hotel Transvaal, donde se alojaban todas las chicas de Susan Winters... y Karin Ritcher.

—¿Eso significa algo?

—Puede que sí. No sé aún, Laura, pero se ve un sistema, una organización, un frío procedimiento en todo ello. Se nos hizo pensar en un acto de fanatismo racial, cuando en realidad lo que se estaba llevando a cabo era un premeditado asesinato a sangre fría, Laura. Y

Lindfield era la víctima, elegida previamente.

—¿Por qué él, y no usted?

—Porque si yo moría... la operación «Luna Azul» no se llevaría probablemente a cabo.

—Entonces... ¿quién podía tener interés en eliminar a Lindfield del mapa?

—Supongamos que... usted.

—¿Yo? —se asombró ella, abriendo enormemente sus ojos—. ¿Es que se ha vuelto usted loco, Robson?

—Fríamente visto, usted parece la primera interesada. Así, hace el viaje en mi compañía, solos los dos... y se aprovecha de mi sueño para llevarse el diamante—agitó el maletín sujeto a su muñeca con la cadena—. Usted puede ser realmente Laura Gisborn, de «Interdiamond»... o una perfecta doble de ella. A fin de cuentas, yo jamás vi a Laura Gisborn. Y, posiblemente, Greeley tampoco.

—Adelante—le invitó ella con sarcasmo—. ¿Qué quiere probar ahora, brillante señor federal? ¿Que yo soy «Reina de Diamantes» en persona?

—No—sonrió duramente Robson—. Sólo quiero llegar a una conclusión: el diamante va conmigo, y sin Lindfield al lado, el robo sería infinitamente más sencillo. La paliza de Skreiber era mortal a propósito. Asesinó a Lindfield como si fuese un simple acto racista. Y no lo era. Era un asesinato vulgar y corriente, cometido en el estilo «apartheid», tan normal en Sudáfrica que no podría extrañar a nadie. Sólo ese viejo zorro de Greeley pudo descubrir que había una relación Murray-Skreiber, que cambia totalmente el panorama.

—¿Y qué respecto a mí? ¿Yo soy su sospechosa número uno? —dijo amargamente Laura.

—Ahora, sí—Robson sopesó cuidadosamente su maletín bien asegurado a la pulsera de acero de su muñeca—. Por el momento, se mantiene aquí mi diamante.

—Al menos, es un alivio—comentó ella, sarcástica—. Viaja usted con «Reina de Diamantes» en persona... y sigue poseyendo su diamante.

—Su sentido del humor la enaltece, Laura. Posiblemente me equivoque con usted, no sé... —Robson sonrió extrañamente—. Pero debo advertirla que esto tampoco me convence en absoluto. Aún queda mucho viaje por delante... y puede ocurrir todo.

—Sí, eso es cierto—suspiró Laura, mirándole de forma enigmática—. Aún puede ocurrir todo, Robson...

Y, airadamente, le volvió la espalda, sentándose hacia el lado opuesto adonde él miraba. Ahora, Robson sólo podía ver de Laura su espléndida melena castaña, su espalda erguida, su breve cintura... y la firmeza de sus nalgas, apoyadas en el asiento de la avioneta.

Eso, y parte de sus bonitas piernas. Interiormente, Duncan Robson lamentó que Laura pudiera ser «Reina de Diamantes». Demasiado hermosa y agradable para tenerla contra sí.

Pero el hecho de que Laura le gustase no significaba que estuviese fuera de sospechas. Ni mucho menos.

Capítulo

II

LAURA dormía ahora, mientras Angola iba quedando atrás, como un enorme rectángulo de desiertos y de selvas repartidas por un igual sobre su superficie ardiente.

Duncan Robson no dormía, sin embargo.

Contempló a la joven, respirando acompasada, profundamente. Sus juveniles senos marcados contra la blusa, se agitaban de forma rítmica también, al compás de las inspiraciones y exhalaciones de aire.

Robson se incorporó, con sigilo. Roncaba el motor en el aire quieto dé la tarde africana, sobre selvas y terrenos vírgenes. Sobre ellos, todo era azul. Un azul absoluto, uniforme, sólo roto allá en la distancia por acumulaciones de blancas nubes, que parecían distenderse y alargarse cansadamente sobre los achatados, planos árboles de la flora africana.

Robson caminó sigiloso hacia la parte de atrás de la cabina. Conducía la avioneta, distraídamente Stewart McAdams. Y seguía durmiendo la joven Laura Gisborn.

El agente federal, siempre con su inseparable maletín ligado a su muñeca, se movió hacia la parte posterior, llegó a la puerta de la cabina de equipajes, junto a la más pequeña destinada al diminuto lavabo de a bordo, y la abrió con cautela.

Durante el viaje, solamente había dormitado él durante cosa de media hora, en pleno vuelo sobre el Africa Ecuatorial, que era en un tiempo francesa. Durante ese tiempo, sus sentidos estuvieron lo bastante alertas como para haber descubierto cualquier maniobra con su maletín. Nadie le tocó, y Laura permaneció, al parecer, despierta durante su sueño. Al menos, es lo que él creía.

Pero había pensado repentinamente en el equipaje. Algo extraño

estaba sucediendo, algo que había empezado a incubarse en Johannesburgo, posiblemente con Skreiber y el oficial de Policía Hallen mezclados en el asunto.

Lo que ello pudiera ser, solamente tendría un objetivo, a juicio de Duncan. Un objetivo que justificaría todo el complot: el «Luna Azul».

Allá dentro, mezclado entre los equipajes descuidadamente; un envoltorio contenía otro «Luna Azul» idéntico. Ambos, el original y la copia, se confundían. Tan perfecta era dicha copia. Y Greeley le había advertido que llevase consigo la copia, para evitar problemas y posibles complicaciones, y guardase el original como algo sin valor entre el resto de la mercancía.

Ahora, Duncan Roberts quería saber si todo continuaba igual. Si, realmente, todo estaba como al iniciar el vuelo.

Llegó a la cabina de equipajes, también minúscula, como correspondía a una avioneta de pequeñas dimensiones. Una serie de cajas con combustible, alimentos y medicinas — aparte armas y municiones suficientes—formaban una pila al fondo. Era esa una mercancía inevitable en un viaje sobre Africa. Cualquier descenso, un aterrizaje forzoso en alguna zona desértica o peligrosa, requeriría una serie de elementos para combatir contra la Naturaleza... y contra posibles enemigos vivos, fuesen hombres o bestias.

Delante, se extendían los reducidos equipajes de Laura, de McAdams... y el suyo propio.

Se inclinó Duncan. Extrajo una pequeña lámpara de bolsillo, del tamaño de una estilográfica, pero cuyo rayo de luz era estrecho y brillante. Recorrió los equipajes. Se inclinó sobre el suyo. Empezó a revisarlo cuidadosamente.

Alzó prendas, objetos, llegó al envoltorio... y la sorpresa hizo tremendo impacto en él. Una certeza terrible le invadió, dejando de ser simple sospecha.

El trapo, el envoltorio, estaba allí.

Pero su contenido no.

El «Luna Azul» había desaparecido.

* * *

Desaparecido...

A bordo de una avioneta con sólo tres personas a bordo. El, McAdams... y Laura Gisborn. Los dos sospechosos eran escasos. Muy

escasos, ciertamente.

Esa era su mayor ventaja. Además, el recinto era reducido, escaso. No había muchos rincones donde ocultar una gema del volumen y quilates del «Luna Azul».

Empezó el registro febril. Primero, el equipaje del escocés. Como ya suponía, nada de nada. Después, el de Laura Gisborn, más meticuloso. Nada tampoco.

Respiró hondo, incorporándose. Se frotó el mentón.

—¿Qué busca en mi equipaje, Robson? ¿Cree que yo lo robé?

Alzó la cabeza el federal, sobresaltado. Se quedó mirando a Laura Gisborn, que aparecía inesperadamente en la puerta de la cabina.

Sacudió la cabeza Duncan. Aestó su lámpara contra el rostro de ella. Los ojos color café brillaron intensamente. Los labios estaban secos.

—¿Por qué sabe que robaron algo? —fue la adusta pregunta de Duncan.

—Parece obvio. Registra mi equipaje. Y veo el suyo revuelto. ¿Qué podría buscar en su propio equipaje, que no fuese algo que le han robado? ¿Qué es ello?

—El «Luna Azul».

—¿Qué?

—Ya me oyó. El «Luna Azul».

—«Luna Azul»... Pero, Duncan, usted... usted lo lleva consigo, en su muñeca...

—Esa es una imitación. Fue lo convenido.

—Cielos... —el rostro de ella parecía demudado. Pero podía estar fingiendo—. Y en su equipaje...

—Iba el verdadero. Ese era el plan genial de Greeley. La copia es perfecta. Pero es una copia.

—Lo cambió. Y se llevaron el otro, el verdadero... —Laura, de repente, rompió a reír histéricamente.

—Hace bien en reírse—gruñó Robson, furioso consigo mismo—. Debí suponer, si es cierto que «Reina de Diamantes» es tan lista, que iría justamente al diamante verdadero, y no al falso. Lo que llevo en la muñeca es demasiado ostentoso... y no picó ese anzuelo. Robó el otro, el auténtico.

—Pero... ¿dónde?

—Forzosamente, a bordo de este avión—dijo tranquilo Duncan.

—¿Cómo es posible? No estamos sino usted, McAdams y yo...

—Exacto. Sólo nosotros tres.

—¿Sigue pensando... que fui yo?

—Parece muy plausible, ¿no?

—Será inútil que le jure mi inocencia, ¿verdad?

—Por completo. No creo en juramentos. Sólo en evidencias.

—Evidencias... Registre, busque. Cuando dé con ese diamante, cúlpele. Supongo que tuvo que guardarlo en alguna parte.

—Pudo arrojarlo por la ventanilla abajo. Si tenía un pequeño paracaídas a propósito, descendería de modo que alguien lo recogería en tierra... Simple y fácil, ¿no le parece?

—Entonces... no va a servirle de nada que yo demuestre mi inocencia probándole que no lo tengo.

—No, no va a servir. Pudo tener cómplices abajo.

—Eso es ridículo...

—No tanto como usted supone. Un modo fácil de deshacerse del cuerpo del delito, antes de que sea irreparable la situación.

—¿Cuándo iba a cometer el robo? No tuve ocasión.

—Cuando yo dormitaba. Usted pudo levantarse, extraer la piedra, ocultarla o arrojarla al exterior.

—Espere... —le detuvo bruscamente ella—. Cuando usted dormitaba... Sí, creo que entonces oí el ruido.

—¿Qué ruido?

—Aquí, en la cabina... —ella sacudió la cabeza—. Entonces pensé que sería simplemente el traqueteo del equipaje durante el vuelo, si algo no estaba bien sujeto...

—Pero todo está bien sujeto, usted lo ve.

—Sí... Era un roce continuado, aquí dentro. Cesó pronto, y ya no le di importancia... Luego, despertó usted, y lo olvidé por completo.

—¿Cómo era ese ruido, Laura?

—Ya le dije, un roce... —cambió' una mirada de estupor con él—. Pero, claro, eso es ridículo. Usted no lo aceptará en modo alguno. No es verosímil que exista... un ruido a bordo. Ni una cuarta persona. ¿Cómo huiría de aquí?

—Sí, ¿cómo huiría? —meditó Robson, pensativo—. Escuche, Laura. Hay dos versiones para ello... Dos diferentes versiones para una cuarta persona.

La primera, que, como el diamante robado, pudiera saltar de la avioneta por la puerta de salida y entrada de equipajes, con ayuda de

un paracaídas.

—¿Y la segunda?

—La segunda... que esté aún aquí.

—¿Aquí? —se asombró Laura. Miró a Duncan, incrédula— ¿Cómo sería eso posible? ¿Dónde se ocultaría ella?

—¿Dónde? —Duncan Robson sonrió—. Muy fácil, Laura. Supongamos que el cuarto viajero de esta avioneta se oculta... ¡aquí!

E inesperadamente cargó con fuerza contra la pila de cajas de alimentos, medicinas y munición y armas. Cayeron las cajas a un lado, estrepitosamente... y el cuarto viajero quedó al descubierto.

Hubo un grito de alarma. Y una exclamación sorprendida de Laura Gisborn.

Luego, Duncan Robson avisó duramente:

—Será mejor que no se mueva, quienquiera que sea. Estoy apuntando con una pistola, y no vacilaré en disparar.

—No, no... —musitó alguien—. No dispare, Robson... No dispare.

Duncan reconoció inmediatamente a la persona oculta en la cabina de equipajes de la avioneta.

Era Birdie Hopkins. «Miss Africa»...

Capítulo



LAS dos piedras, una junto a otra, hacían vacilar la razón. McAdams se frotó los ojos.

—Increíble —comentó el escocés—. Solamente un experto podría reconocer una de otra. Y aun eso, examinándolas a fondo.

—Es cierto, McAdams—convino Robson—. Sólo un experto. Pero nuestra «Reina de Diamantes» es sumamente astuta. Muy inteligente y previsor. Se anticipa a lo que uno va a realizar, porque supone lo que uno pensará, y roba exactamente la piedra auténtica: la que iba en mi equipaje.

—Sí, muy astuta... —McAdams contempló, pensativo, a la muchacha esposada en el rincón de la avioneta—. ¿De modo que ella... era «Reina de Diamantes»?

—Lo era, sí—afirmó Duncan. Y «Miss Africa», su enfermera de una noche, bajó la cabeza, sin replicar—. Ella era «Reina de Diamantes», es obvio. Llevaba encima varios naipes. Todos ellos una misma carta: la Q de diamantes, naturalmente. Nuestra famosa «Reina» enamorada de las gemas preciosas...

—¿No podría haber un error? —dudó Laura, dubitativa—. A veces, hay ladrones aficionados que imitan a los profesionales y hasta copian su firma. Es cómodo dejar que otro cargue con las propias responsabilidades...

—Ella ha confesado —suspiró Duncan—. Es «Reina de Diamantes»,

—También hay quien confiesa por alarde, por hacerse popular —señaló de nuevo Laura Gisborn—. Vaya con cuidado, Robson.

—No hay nada que ocultar —suspiró «Miss Africa» cansadamente—. Yo soy «Reina de Diamantes». Este robo estaba bien planeado. En Lagos,

hubiera salido de la avioneta sin ser vista, y me hubiese llevado conmigo el diamante. Mis compañeras llegan allí mañana, en su jira por el país. Una vez ustedes en el aire, hubiera sido difícil que averiguasen cómo sucedió...

—Creo que «Reina» es muy lista —señaló Duncan, burlón—. Sólo que fue descubierta demasiado pronto. Su modo de vigilarme, de averiguar nuestro plan, de seguirnos y de ocultarse en la avioneta, denota una gran habilidad...

—Puse un micrófono disimulado en su habitación. E interferí sus llamadas a Greeley —señaló ella, apagadamente—. No me fue difícil preparar mi jugada...

—Ahora no cabe duda —suspiró McAdams—. Es «Reina de Diamantes». Le felicito, Robson. Es una buena pieza la que cazó.

—Ahora, sólo falta «Lord Dickson», si es que se mete en la danza —señaló Laura.

—Es posible que nos esté esperando en Lagos, con algún truco nuevo —admitió Duncan Robson, pensativo—. Y si es tan listo como «Reina», pensará lo mismo que ella. Que yo no llevo en este maletín el auténtico «Luna Azul», sino una copia. Y en mi equipaje, oculto, el duplicado. A estas horas, creo que cualquier ladrón experto puede saber que existe una copia de «Luna Azul», hecha por Brett Allyson. Debí pensar antes que, en el mundo de los diamantes, las noticias corren como la pólvora...

—Sí —afirmó «Miss Africa», con sus verdes ojos relampagueantes de altivez. Sus hermosas piernas bronceadas asomaban muy por arriba, encogida como se hallaba, gracias a la brevedad de su minifalda—. Yo sabía ya la historia del duplicado de Allyson. Era elemental.

—Elemental... —masculló Robson con sarcasmo— Y el bueno de Greeley creía haber descubierto algo sensacional con eso. Pobre Sam... A estas horas, «Lord Dickson» está preparando también su propio golpe. Pero si logramos que ignore que «Reina» fue cazada, seguirá pensando que la falsa piedra está en mi maletín, y la auténtica en cualquier otro sitio, como mi equipaje. Y repetirá el golpe... al revés de cómo tiene que ser. Se llevará esa misma piedra, con lo que nos dejaría igualmente desvalijados.,

—¿Qué proyecta hacer? —indagó Laura, curiosa.

—Otro cambio —rió Duncan—. Esta vez, llevaré yo la legítima conmigo. Y la falsa reposará en mi equipaje. De ese modo, estoy seguro de poder prever el golpe de «Lord Dickson» que, inevitablemente, se

producirá entre Lagos y Casablanca, si quiere tener una mínima posibilidad de éxito...

—Una idea muy inteligente, Robson —aprobó McAdams—. Pero tendrá que entregar de forma muy secreta, a la Policía de Lagos, a su prisionera, para que nadie se percate del juego. Si ven prisionera a «Reina», todo cambiaría...

—No se preocupe, Stewart. Llegamos de noche a Lagos. Radie un mensaje en código a nuestro agente allí Todd Crawford. Que espere en el aeropuerto con una ambulancia cerca. Se llevará en ella a la prisionera, sin ser casi advertidos de nadie. Una vez repostado el depósito de combustible y renovadas las latas de reserva, partiremos hacia Casablanca.

—¿Durante la noche?

—Durante la noche, sí. Si necesita relevo, yo le sustituiré al timón durante algunas horas. Sé manejar regularmente un trasto de estos.

—Se lo agradeceré, sí —sonrió McAdams—. Conforme en todo, Robson. Creo que vamos a seguir adelante, pase lo que pase. Y con el diamante verdadero en su poder, hasta llegar a Washington.

—Eso, amigo McAdams... es demasiado asegurar—suspiró Duncan Robson, preocupado profundamente por algo.

* * *

Todo fue muy rápido.

En Lagos, Nigeria, un pequeño aeropuerto suburbano. Era el lugar elegido previamente por Greeley y sus aliados. McAdams repostó de combustible la avioneta y habló con los nativos nigerianos cordialmente.

Entretanto, callada, secretamente, la esposada y amordaza «Miss Africa» era enviada de forma sigilosa a una ambulancia situada fuera del campo de aviación.

Poco más tarde, percibían el ruido del motor al alejarse en la noche. Duncan suspiró, inclinando la cabeza.

—Ya está hecho —comentó—. Esperemos que haya pasado inadvertido a todos...

—No parece feliz con la captura de «Reina de Diamantes», Robson —señaló Laura pensativa.

—No lo estoy, la verdad.

—¿Por qué no?

—Bien, ella no es una criminal. Solamente una hábil y astuta ladrona. Eso es diferente. No tiene sus manos manchadas de sangre.

—No puede estar seguro. Recuerde el asesinato de Skreiber en Johannesburgo. ¿No pudo ser ella?

—Pudo serlo, pero no lo creo.

—¿A quién culparía, entonces? ¿A «Lord Dickson»?

—También podría ser él. Pero podría existir... un tercer ladrón.

—Un tercer grupo, sí. El que asesina, si la necesidad surge. El crimen es algo que no liga bien con «Lord Dickson» ni con «Reina de Diamantes». A eso me refería, Laura.

—De modo que, según eso... usted no dudaría en casarse con «Reina de Diamantes», si ella le gustaba y usted estaba enamorado de ella previamente, sin saber que era la ladrona de joyas.

—Bien, es posible que sí, si, como usted dice, yo estaba ya enamorado de ella previamente, al margen de su personalidad delictiva. No podría evitarlo.

—Pero usted es la Ley, Robson. Y ella una delincuente.

—Pagaría su deuda con la sociedad. Y luego... no habría motivo para no volver a encontrarnos ella y yo. Repito, si existía amor entre ambos.

—Robson, me asombra usted. Eso que dice es inmoral.

—Posiblemente —sonrió Duncan—. El mundo y los humanos son en sí inmorales por naturaleza. Sólo ciertos frenos permiten que uno recuerde la moral.

—Habla como si estuviese enamorado de «Miss Africa»...

—No lo sé. Nunca me paré a pensarlo. Pero podría ser, sí...

—Ella se despidió de usted de un modo muy... especial. Le miró profundamente a los ojos y dijo algo así como: «Lo siento, Duncan. Nos tocó jugar en bandos opuestos. Hubiera sido hermoso estar del mismo lado los dos...»

—Y yo respondí algo así como: «Sí, hubiera sido hermoso, Birdie...»

—rió Duncan, añadiendo tras una pausa—: ¿Qué hay con eso, Laura? ¿Por qué se fijó tanto en nuestra despedida?

—Porque me pareció la de dos seres que, a pesar de todo, se atraen. Creí que a usted era Karin Ritcher quien realmente le atraía...

—Bueno, no se fíe demasiado de mí con las mujeres —le guiñó Duncan un ojo, volviendo hacia la avioneta, en la noche oscura y cálida de Lagos, capital de Nigeria—. A lo mejor, después de todo, es a usted a quien realmente amo, Laura...

Y subió a la avioneta, sin esperar la respuesta de ella.

* * *

Nuevamente en el aire.

Debajo de ellos, Nigeria. Luego, el inmenso Sahara. Al amanecer, acaso avistarían ya Marruecos, allá en la distancia. Era un largo, fatigoso viaje. Y eso que la avioneta marchaba a su máxima velocidad posible.

Ahora, dormitaban todos: McAdams, Laura... e incluso el propio Duncan daba cabezadas ante el timón, gracias a que llevaba conectado, para cualquier emergencia, el piloto automático.

Ya en plena madrugada, tras el café servido por Laura, el escocés asomó su pelirroja cabeza sobre el somnoliento Duncan.

—Vamos, Robson, es hora de que usted descanse. Yo conduciré un rato. Me encuentro fresco y sin sueño.

Asintió Duncan, permutando su puesto con el escocés. Volvió a su asiento y empezó a adormilarse. Pese a que realmente caía en el sueño, era éste una clase de sopor que nada le permitía descansar, porque sus sentidos estaban alertas, y se sentía totalmente en vilo, pendiente de la marcha de cualquier acontecimiento anormal en torno suyo.

Despertó en un momento en que Laura Gisborn se retiraba al lavabo, cerrándose por dentro. Miró somnoliento, a McAdams. El escocés conducía serenamente la avioneta, haciéndola rugir por encima de un Africa oscura e impenetrable, de impresionantes tinieblas nocturnas. Sólo que pronto despuntaría un nuevo día, allá a su derecha, y el sol caliente del continente negro emergía de nuevo, para alumbrar su etapa final de vuelo, hasta Casablanca.

Volvió a adormilarse Duncan.

Le despertó solamente el frío contacto del metal en su cuello.

Despegó sus párpados, primero con dificultad, luego con suma ligereza.

Contempló la mano enguantada que, junto a su rostro, mantenía pegado a su cuello el cañón de una automática, prolongado con un silenciador.

—¿Qué significa esto? —preguntó con voz apagada.

—Significa que no debe gritar ni elevar la voz, ni moverse siquiera —avisó fríamente la persona poseedora de la automática—. No lo haga en absoluto, Robson. O tendré que matarle. Porque, aunque lo dude...

yo mato. Si es preciso, mato. Lo hice una vez, en Johannesburgo, con Walter Skreiber. Lo volveré a hacer ahora, si usted se rebela...

Le miró largamente. Luego, asintió con un suspiro.

—Está bien, McAdams. Adelante. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Llevarme el diamante, por cierto. Pero el que lleva consigo, no el que guardó en su equipaje antes —rió Stewart McAdams, el pelirrojo escocés.

—Bien, «Lord Dickson». Veo que no mordió el anzuelo. Todos fuimos unos estúpidos con usted.

—Sí. Conmigo, todos fueron unos estúpidos —convino «Lord Dickson», riendo.

Capítulo IV

OBSERVO fríamente cómo, tras arrancarle la llave, una vez desarmado, abría con ella la pulsera y la cadena, quedándose con el maletín. Abrió, éste. Suspiró, ante el fulgor resplandeciente del diamante en bruto.

—«Luna Azul»... —musitó, fervoroso—. Hermosa pieza, Robson. Le agradezco sus facilidades para entregármela.

—Oh, no se preocupe—sacudió la cabeza Robson, con abatimiento—. Al parecer, esto es lo que tenía que ocurrir. Y ha ocurrido... Usted fue más listo que todos nosotros. ¿Cómo pudo ocupar el puesto de McAdams?

—Puedo ocupar cualquier lugar, cualquier personalidad. Soy un gran actor, Robson.

—Sí, empiezo a darme cuenta demasiado tarde. ¿Y., el verdadero McAdams?

—Pobre... —suspiró con cinismo «Lord Dickson»—. Murió. No pude hacer otra cosa, para ocupar su puesto con ciertas garantías...

—Debí imaginarlo. El caballero, el ladrón de guante blanco, no es tal, sino un perfecto asesino. Un canalla que no vacila en matar, en derramar sangre...

—Tenemos diferentes conceptos del delito su amiga «Reina de Diamantes» y yo —sonrió McAdams—. Por eso, ella... está vencida. Y yo soy el triunfador. Es la diferencia de nuestros métodos, Robson.

—Bien. ¿Qué piensa hacer ahora? Volamos sobre el Sahara. En la «toilette» está Laura Gisborn. Y aquí, yo. ¿Va a matarnos a ambos?

—Lamentablemente, ese será su fin, amigo mío —asintió con pesar McAdams—. No puedo hacer otra cosa. Dejaré el piloto automático,

saltaré con paracaídas, con mi diamante... Eso ocurrirá justo al amanecer. El punto donde me esperan mis camaradas del Sahara está convenido de antemano, y volamos derechos hacia él. Yo huiré, con mi «Luna Azul»... y usted y Laura se estrellarán con este avión. Lo lamento, pero no puedo dejarles vivir. Estoy seguro de que usted me seguiría hasta el mismo fin del mundo, si fuera preciso, para devolverme golpe por golpe. Creo conocer a los hombres simplemente cuando los veo. Y usted, Robson, es peligroso. Muy peligroso. Tanto, que no debo fiarme en absoluto de usted... Le he vencido una vez, pero eso no quiere decir que le venciera dos...

—Posiblemente no, «Lord Dickson». Hace bien en destruirnos. Yo no reposaría hasta darle caza.

—Lo observé en Johannesburgo. Usted no perdona. A su amigo Lindfield lo liquidaron, y usted lo vengó golpeando a Skreiber. Muy temperamental. Y muy duro, Robson. Usted es granito puro.

—Déjese de elogios ahora. ¿Por qué murió Lindfield? ¿Por qué mató a Skreiber?

—Es una larga historia. No me convenía que viajara con usted y con Laura Gisborn. No sería bueno para mis proyectos. Tendría que sorprender a dos personas: a él y a usted. Demasiado para mí solo... Por eso lo hice eliminar. Y el imbécil de Skreiber, después, cuando usted le golpeó, me llamó y dijo que quería más beneficios, o me dejaría colgado. No se atrevía a combatirle a usted. Le asustó, es evidente.

—Es evidente, sí. Y usted le visitó entonces. Y en vez de darle más dinero o una parte mayor en el negocio, resolvió eliminarlo, descargándole un golpe mortal en la nuca. De ese modo, me inculpaban a mí, lo cual dificultaría sensiblemente la operación, siempre en beneficio suyo, y a la vez eliminaba a un compinche molesto y cobarde, que, además, serviría de ejemplo a otros esbirros que se pusieran pesados con mayores exigencias.

—Fue un crimen aleccionador, Robson. Luego, cuando ese imbécil de Hallen, que no tenía nada que ver en el asunto, contra lo que usted opina, se obstinó en arrestarle, tuve que intervenir en su favor. Detenerlo en Sudáfrica iba contra mis propios planes. Me convenía que usted saliera de allí en la avioneta. Y le ayudé a eliminar el estorbo de Hallen y sus hombres.

—Todo bien medido, bien calculado...

—Obra de «Lord Dickson», si... —sonrió él, satisfecho—. Me gusta hacer las cosas perfectamente.

—Muy bien... —la puerta del lavabo se abrió ahora. Robson suspiró, vencido—. Oh, Laura, ¿es que no se dio cuenta, no oyó nada...?

Laura, sorprendida, era otra víctima ahora. Miraba con estupor el arma de McAdams, y contemplaba a éste, inquieta.

—¿Qué significa el juego? —preguntó, tensa.

—No es un juego. McAdams, el verdadero Mc— Adams, está muerto. Él es...

—No me diga más —cortó ella—. «Lord Dickson».

—Para servirles —asintió, risueño, el piloto pelirrojo—. Laura, siéntese junto a Robson y no intente nada. O haré fuego...

—Pretende tirarnos en avión contra las arenas del Sahara —comentó Duncan, sardónico—. Antes, él saltará con el diamante, con el verdadero «Luna Azul»

Rápida, ella miró su muñeca, vio la falta del maletín, de la cadena y la pulsera de seguridad...

Miró después a McAdams. El ladrón de diamantes sonreía satisfecho.

—Creo que no se saldrá con la suya —afirmó, rotunda.

—Yo creo lo contrario —rechazó él, altivo—. Y mi palabra es la que vale aquí. Laura, tome esa cuerda de ahí, del rincón. Ligue bien a Robson. Después, yo me encargaré de atarla a usted.

Laura tuvo que obedecer, en un hosco silencio. Ligó a conciencia a Robson. Después, inesperadamente, Mc Adams fue sobre ella. Un golpe seco, en su cabeza, con el cañón de la pistola, fue suficiente. Cayó desvanecida.

—Ahora, yo ligaré a Laura Gisborn —informó sonriente McAdams—. Esto es fácil, como verá.

—Para usted, cualquier cosa lo parece, «Lord Dickson»—replicó fríamente Duncan—. Pero todavía tiene que llegar al final.

—Bah, eso es un juego de niños. No puede fallar, cuando resultó lo más difícil.

Caminó hasta el timón, una vez ligada Laura a su asiento. Condujo el rumbo de la avioneta, enmendando los leves errores del piloto automático. Luego, volvió junto a ellos y les miró, pensativo. Sus ojos, lentamente, se desviaron hacia el desierto, hacia oriente.

—Clarea —anunció—. Pronto será de día.

Un amanecer en el Sahara. Un nuevo día sobre la sábana dorada de arena. Una idea poética, en cualquier otra circunstancia. Ahora, era como una sentencia de muerte para Robson, para ella...

«Lord Dickson» dispuso las cosas. Se equipó con un paracaídas, tomó la gema, envolviéndola cuidadosamente y guardándola en el maletín de Robson. Luego, agitó una mano.

—Creo que llega ya el final —anunció—. Su final y el mío. Sólo que mi final es feliz. Y el suyo, desgraciadamente, no va a serlo tanto.

Duncan inclinó la cabeza, sin responder. Ceñudo, miraba el azul suave, que rápidamente se hacía claro, más allá de las interminables dunas arenosas del Sahara. «Lord Dickson» consultó su reloj minuciosamente, y luego examinó una carta geográfica detallada.

—Casi la hora justa. Ni un leve retraso. Todo sale conforme a lo previsto. Les quedan justamente dos minutos, Robson. Después, yo saltaré a tierra... y ustedes se quedarán en la avioneta, a perecer...

Dos minutos. Era poco tiempo. Muy poco.

Cruzaron una larga mirada Laura y Duncan. Volvía McAdams a su timón, con más prevenciones que nunca

Laura fue la primera en romper el silencio:

—Bueno, aquí termina la histeria, Duncan... —dijo con tono amargo.

—Lamento que sea éste el final —sacudió Robson la cabeza—. Debí preverlo, sospechar de McAdams...

—De tanto sospechar de todo el mundo, termina uno por no sospechar concretamente de nadie.

—Sí, eso es cierto —afirmó lentamente Robson—. Fue una sorpresa despertar y ver a McAdams ante mí... No sospeché de él, lo confieso.

—Y, sin embargo, hubiera sido lógico pensarlo así. En fin, eso ya no tiene remedio, Duncan.

—No, no tiene remedio. Ninguno, Laura...

Volvieron a inclinar la cabeza. Pasaron los dos minutos. Y unos segundos. El pequeño vehículo del aire estabilizó su vuelo. Eso era mal augurio. De nuevo el piloto automático.

—Lo puse en descenso paulatino —sonrió McAdams, incorporándose—. Ya estamos sobre mi punto preciso. Voy a saltar. A menos de media milla, encontraré a mis camaradas. Adiós, Robson,

Adiós, Laura Gisborn. Buen viaje al infierno... o adonde quiera que vayan.

—Gracias —dijo ella secamente—. Es muy amable...

Agitó McAdams su mano. Caminó hasta la portezuela. La abrió. Se tiró abajo. Se cerró automáticamente la puerta de la cabina, empujada por el viento. La avioneta iba perdiendo altura paulatinamente, en

descenso angulado. Terminaría en un impacto demoledor sobre las arenas.

Volvieron a mirarse Robson y Laura

—Ya no hay esperanzas, Robson —musitó ella.

—No, ya no —sacudió la cabeza Duncan—. Adiós, Laura.

—Adiós, Duncan... —ella humedeció sus labios. Había algo patético en sus ojos profundos—. Duncan...

—¿Qué?

—¿Hubiera sido capaz de amarme...?

—Creo que sí. No era difícil.

—Yo también le hubiera amado, Duncan. Yo también... Lástima que ocurra esto. Pero... ¿me hubiera amado igual de haber sido yo... «Reina de Diamantes»?

—Sí, igualmente, Laura. Ya se lo dije antes.

—Lástima... —ella respiró hondo—. Ya es tarde para sentirse feliz con esas palabras, Robson. Porque yo... yo...

—Usted... ¿qué, Laura?

—Yo... soy, yo fui siempre... «Reina de Diamantes».

* * *

—Ya era hora de que confesara —suspiró Robson, alzando la cabeza con alivio—. Creí que moriría conmigo sin hablar... o lo revelaría justamente al chocar con la arena...

—¿Eh? —Laura le miró, aturdida—. Pero... ¿usted... usted sabía...?

—Lo sospeché siempre.

—Entonces... «Miss Africa»...

—¿Birdie? —Duncan se echó a reír—. ¡Eh, Birdie, sal ya de ahí!

Ante el estupor de Laura, se abrió la cabina de equipajes nuevamente. Y asomó ahora la propia «Miss Africa», Birdie Hopkins. Morena, sensual, con sus profundos ojos verdes llenos de risueña complacencia.

Cruzó, rápida, cambiando el piloto automático. Se estabilizó el vuelo y siguieron ahora en línea recta. Birdie se volvió a ellos.

—Enseguida les libero de sus ligaduras. ¿También a ella, Duncan?

—También, sí —asintió Robson—. Creo que «Reina de Diamantes» no va a robar esta vez «Luna Azul».

—Pero... pero Duncan, no entiendo nada de esto... ¿Qué es lo que

sucede aquí?

—Es fácil —sonrió Robson—. Lo cierto es que sí sospeché siempre. De ti y de McAdams.

—¿Entonces...?

—Greeley me dijo que un agente secreto suyo viajaría a bordo. En principio, pensé que ese agente secreto sería traidor y se había quedado con mi piedra, pero luego vi claro. «Miss Africa» pertenece a la represión del Contrabando de Gemas y Piedras Preciosas en el continente. Ayudó a Greeley lealmente. Y a mí después. La arresté y fingimos que era ella «Reina de Diamantes», pensando que eso tranquilizaría a «Lord Dickson», que entraría en acción al saberse solo en la operación.

—Y así fue...

—Sí, así fue. Era fácil preverlo, después de todo. Greeley también lo había previsto así. Sólo que me cogió desprevenido. Pero, aun así, le hubiera dejado obrar de igual modo.

—Sin embargo... pudimos morir con la avioneta.

—En modo alguno. Birdie no fue a aquella ambulancia. Greeley había comunicado en realidad a Lagos que recogieran a su agente, fingieran llevarla detenida y la reintegraran, subrepticamente, al interior de la avioneta. Eso es lo que realmente sucedió. Y Birdie siguió viajando con nosotros, a la espera de su oportunidad de salir e intervenir. Si McAdams hubiese intentado asesinarlos antes, Birdie lo hubiera evitado. Si tú confesabas a tiempo, ella impediría la caída de la avioneta. Sólo que tardaste mucho en confesarlo...

—¡Maldito traidor, policía asqueroso...! —se enfureció Laura—. ¡Todo formó parte de vuestra trampa, sabías que podíamos salvarnos, y me dejaste confesarte mi mayor secreto!

—Tenía que hacerlo. Ya te dije que no me importa que seas «Reina de Diamantes». Me gustas igual.

—Duncan...

—Y creo que te amaré igual.

—Duncan...

—Sí, no importa eso. Creo que te condenarán a alguna prisión, pero eso será todo. Supongo que tú también robaste a Karin Ritcher...

—En efecto. No sé adónde iría a parar mi carta de póker... La dejé allí, créeme.

—Te creo, Laura. Hermoso trabajo el tuyo. Nada mejor que viajar, como empleada de «Interdiamond», para conocer el mercado, sus

gemas, sus oportunidades...

—Pero tú, a pesar de todo, eres un policía, Duncan. Y yo... yo... una ladrona. No podrá ser posible... un final feliz. Tienes a tu «Miss Africa», a Karin Ritcher...

—Tonterías —sonrió Duncan—. Han sido hermosas muchachas con las que me hizo coincidir el destino. Pero a quien realmente amo yo... puede ser la propia «Reina de Diamantes». ¿Por qué no?

—Duncan, sería tan maravilloso... Una hermosa esperanza para un mañana mejor...

—Así será, tú lo verás.

—Duncan, es hermoso... pero no puedo creerlo.

—Tú... no me amas, ¿verdad?

—Debería odiarte por esa odiosa trampa. Pero no puedo. Es superior a mis fuerzas. Creo que me enamoré en cuanto te vi, allá en Johannesburgo...

—Y yo a ti, Laura.

—No lo parecía en absoluto.

—Ya te dije que soy engañoso. Y que con las mujeres nunca se me puede juzgar concretamente... Puedes creerlo, cariño.

—Oh, Duncan, eso es maravilloso, ciertamente...

Y como «Miss Africa» la había desligado ya de sus ataduras, se lanzó en brazos de Duncan.

Birdie sonrió, meneando la cabeza con cierta ironía.

—Lástima... —murmuró para sí—. Me gustaba Duncan Robson. Pero parece que me ha salido una competidora demasiado fuerte. Después de todo, es «Reina de Diamantes». E incluso es posible que termine casándose un día con ella... cuando sea ya una muchacha honesta. Yo no creo que tenga madera de mujer casada. No, yo soy diferente...

Y Birdie rió entre dientes, mientras Duncan y Laura se besaban prolongadamente...

* * *

De repente, ella exhaló el grito, casi el alarido, que sobresaltó por igual a Duncan y a Birdie:

—¡Duncan! —chilló—. ¡Duncan, olvidamos totalmente a «Lord Dickson»!...

—¿«Lord Dickson»? —meneó negativamente la cabeza—. No, no. Yo no lo olvidé...

—Duncan, no digas tonterías... Se... se ha ido con... con el diamante «Luna Azul». ¡El diamante, Duncan...!

Robson se echó a reír, ante el estupor de Laura.

—Tranquilízate, querida —habló calmoso—. ¿Crees que realmente hubiera jugado la baza aconsejada por Greeley, con tanta simplicidad? Era obvio que, a esas alturas, tanto tú como «Lord Dickson» conocíais ya la existencia de una doble gema, de una copia. Y el cálculo era sencillo: yo fingiría llevar la auténtica, y ésta se hallaría oculta. Es lo que pensaría cualquier ladrón sensato. Entonces, hice todo lo contrario. Guardé la falsa y me quedé la auténtica.

—Entonces, cuando Birdie fingió robarla...

—Birdie robó la falsa, cosa que ni ella misma sabía, porque la idea era estrictamente mía. Y estrictamente secreta.

—Entonces, después...

—Entonces, después... al hacer el cambio, puse la falsa en mi maletín, y la buena entre mis pertenencias. Engañado, «Lord Dickson» se llevó la falsa, tan convencido de que era la auténtica. El doble juego resultó.

—En este momento, «Lord Dickson» lleva...

—Lleva la falsa, exactamente—rió Duncan—. Una copia sin valor alguno. Un simple trozo de hermoso vidrio...

Las carcajadas los tres llenaron la avioneta, mientras ésta volaba hacia Casablanca, y el desierto, con «Lord Dickson», quedaba atrás. Duncan, más tarde, tomaría la radio, para llamar a las autoridades árabes e informarles de la situación aproximada del criminal.

CONCLUSION

LORD Dickson» fue capturado en pleno desierto por una patrulla árabe de la Policía.

Eso sucedió cuando Duncan Robson estaba ya en Casablanca, a punto de tomar un avión militar norteamericano, rumbo a Washington, D.C., con el «Luna Azul» auténtico en su poder.

«Reina de Diamantes» se había entregado personalmente a las autoridades de Casablanca, y se esperaban los cargos contra ella, para saber qué sucedería con su futuro.

Sin embargo, Duncan Robson era optimista sobre eso, porque a fin de cuentas solamente las casas aseguradoras fueron perjudicadas, y ella iba a revelar dónde estaban las gemas robadas, muchas de las cuales, las más valiosas, conservaba consigo.

—Creo que los propios aseguradores y los poseedores legítimos de esas piedras van a interceder en favor de «Reina de Diamantes»— comentó

Duncan Robson, en el aeropuerto de Casablanca, hablando con «Miss Africa».

—Sí, yo también lo creo, Duncan—suspiró ella. Apoyó su mano en la de Robson—. ¿De veras vas a esperar a que ella cumpla su condena, para...?

—Haré algo más que eso. Trataré de que sea lo más reducida posible, para que ese momento no se demore Birdie.

—Creo que te has enamorado.

—Sí, creo que sí, aunque eso, en un tipo como yo, siempre es algo relativo. Espero que esta vez vaya de veras.

—Te deseo suerte, Duncan. Ahora, vencidos la «Reina» y «Lord Dickson», el mercado de diamantes puede descansar tranquilo.

—Espero que sí—sonrió el federal—. Y cuando yo entregue la

dichosa piedra en Washington, también descansaré muy tranquilo, créeme. Sólo me dio complicaciones Y una cosa buena: conocer a Laura.

—Evidentemente, te han cazado—rió Birdie—. Bien, Duncan, te deseo que vuelvas pronto junto a ella...

—Gracias, Birdie. Eres una gran chica—palmeó cariñosamente su mejilla—. Hasta pronto.

—Adiós, Duncan. Buen viaje a tu país.

—Regresaré pronto... —frunció el ceño Duncan, viendo allá, no lejos de él, un avión comercial, desde el que un grupo de mujeres le agitaban los brazos—. Cielos, ¿quiénes son ellas?

—El grupo de la señora Winters. Y Karin Ritcher —rió «Miss Africa»—. Van también a los Estados Unidos... Cuidado con Karin Ritcher, Duncan Robson. Recuerda que ya perteneces a otra mujer...

Asintió Duncan.

Luego, miró ante sí, al avión militar. Entró en él. Antes de hacerlo, agitó su mano a Karin, la última que entraba en el avión comercial.

—Bueno, una amistad... es una amistad—se disculpó tímidamente ante Birdie.

—Oh, claro, claro... —murmuró enigmáticamente Birdie.

La puerta se cerró. El transporte militar despegó. Duncan Robson volaba hacia Washington. Con su «Luna Azul». Con su misión cumplida.

Y con una mujer esperándole. Y ciento a su alrededor...

Eso, a Birdie, le hizo gracia. Y rió, cruzando la pista de despegue...

FIN

FBI
Selecciones



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

10
Ptas.